PTS.

TEMAS SEXUALES

MARTIN DE LUCENAY

Aficiones femeninas

En el próximo volumen

VICIOS FEMENINOS

Safismo y tribadismo en la antigüedad.—Psicología del amor lésbico.—Las grandes pasiones de las tribadas.—Civilizadas y salvajes.—Casos célebres y clínicos

VICIOS FEMENINOS

TEMAS SEXUALES

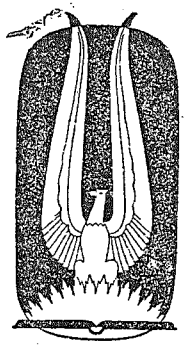
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

32

A. MARTIN DE LUCENAY

VICIOS FEMENINOS

Safismo y tribadismo en la antigüedad.—Psicología del amor lésbico.—Las grandes pasiones de las tribadas.—Civilizadas y salvajes.—Casos célebres y clínicos



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
SEPTIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

De la virtud al vicio no hay más que un paso, entendiendo por virtud el cálculo hecho a base de dominar el impulso sexual, en lo que se refiere a sus manifestaciones normales. No reconocemos otra virtuosidad sexual que aquella que se basa en poderosas razones de higiene intelectual o fisiológica; cuando el ejercicio de las funciones de castidad no está promovido por esos motivos respetables y legítimos, la virtud pasa a ser un vicio y éste el exponente sincero de todas las tendencias más perversas, que se hacen irreprimibles

Si la mujer es más virtuosa que el hombre, o, por mejor decir, está en mejores condiciones que él para desdeñar las apelaciones naturales de su sexo, también es cierto que la mayor difusión de su área sexual le permite prescindir de los métodos normales que para ella encierran tantos peligros de toda índole, desde la deshonra hasta el parto, pasando por el hecho, particularmente grave, del elemento antiestético del embarazo.

El peso de todas estas razones—las más elementales que pueden aducirse—es suficiente para justificar la relativa diferencia con que en todos los tiempos se han analizado las perversiones sexuales femeninas, por el mismo motivo que el criterio sano de la verdadera moral condena al hombre que se desvía de los caminos lícitos del instinto, ya que, biológicamente, él no tiene nada que temer del ejercicio natural de las funciones fisiológicas.

Ya sabemos que el impulso sexual del hombre es más violento que el de la mujer, lo que no quiere decir que sea más débil. La razón de esta diferencia no es otra que la mayor complejidad del aparato de la excitación sexual, por lo que, necesariamente, requiere ser excitado con mayor actividad que lo sea el del hombre, dife-

rencia que no es tan importante como se supone, mirando al fondo de la cuestión, por lo que, en buena lógica, sólo debe admitirse esa diferencia en lo que respecta a la forma. En las razas donde los prejuicios sexuales no se refieren más que a las molestias o inconvenientes de la procreación única y exclusivamente, se observa que las mujeres suelen tomar la iniciativa de los hechos sexuales en forma más violenta que pudiera hacerlo un hombre civilizado. Esto nos autoriza para afirmar que la civilización y las conveniencias sociales encierran en muchos casos la verdadera clave de los contrastes más rudos.

Otro detalle importantísimo que los observadores poco escrupulosos no suelen tener muy en cuenta cuando afirman que el impulso sexual de la mujer es más débil que el del hombre es lo que se refiere a la periodicidad de las funciones fisiológicas femeninas, las cuales ejercen una influencia comprobada en su organización psicosexual. Entre analizar el impulso sexual de una mujer en una época a estudiarlo en otra va una diferencia enorme. Ateniéndonos a lo que hemos dicho con respecto a los ciclos menstruales y semestrales—primavera y otoño—, se ve que la capacidad erótica de la mujer no es siempre la misma, ni el impulso sexual está igualmente equilibrado en ella como lo está en el hombre, que, por lo general, en toda época y a cualquier hora se hallará dispuesto a la práctica sexual, siempre que las excitaciones sean lo suficientemente intensas. Ahora bien, cuando ese impulso se manifiesta en la mujer, resulta verdaderamente difícil afirmar que sea menos fuerte y hasta violento que en el hombre.

En estos instantes o períodos de verdaderos accesos impulsivos, el hombre encuentra siempre medios de satisfacción normal, más o menos peligrosos para su salud o para su bolsillo; pero jamás se verá en la necesidad de tener que resolver previamente un grave problema moral para llegar sin más preocupaciones al término de la empresa que se ha propuesto llevar a cabo en demanda del equilibrio que le falta a su organismo. Ahora bien, ¿una mujer puede hacer otro tanto sin que ese problema, no sólo moral, sino hasta fisiológico, sea bastante para transformar su mentalidad en el sentido de rechazar enérgicamente aquellas fórmulas naturales de satisfacción? Que las prohibiciones que se levantan ante un deseo o un mero capricho tienen más fuerza de excitación que de represión, es un hecho incuestionable, admitido en todos los órdenes de la vida; luego, sin necesidad de más consideraciones, basta

esa sola razon para comprender perfectamente cuál es el origen de ciertos vicios femeninos que hemos dado en denominar homosexuales, cuando, en realidad, no son más que los sustitutivos más adecuados de los métodos legítimos, cuyo empleo está restringido o vedado por consideraciones que nada tienen que ver con los hechos esenciales.

La homosexualidad de la mujer, ya lo hemos dicho, es casi siempre adquirida, al menos en lo que se refiere a aquéllas que desempeñan las funciones pasivas o femeninas. No obstante, mientras que en el hombre invertido es imposible una esperanza de normalización de su impulso, en la mujer ya es más fácil conseguir que retorne al buen camino, en virtud de las razones que hemos expuesto en el anterior volumen; pero, entiéndase bien, siempre que las sensaciones eróticas experimentadas en los contactos heterosexuales sean lo suficientemente intensas para hacerla olvidarse de su homosexualidad viciosa, lo que no siempre se logra con facilidad. Una mujer iniciada en los placeres sexuales de determinada intensidad difícilmente se aviene a sustituirlos por otros de menor valor erótico; es una cuestión que tanto afecta a la parte física como a la psíquica.

Un autor oriental dice que una vez existió una mujer, llamada Mohorobeda, a la cual se consideraba como la más inteligente, sabia y filósofa de su tiempo. Otro sabio la preguntó en cierta ocasión acerca de en qué parte del cuerpo femenino residía el alma, a lo que ella contestó sin vacilar: "Entre los muslos."

Un autor moderno coincide, sobre poco más o menos, con la afirmación de Mohorobeda, diciendo que a muchas mujeres—quizá pudiera decirse que a la mayor parte de las mujeres—puede aplicarse—y no en sentido ofensivo—la respuesta de la sabia mujer de Oriente; "en cierto sentido, su cerebro está en el útero". Y de esta misma manera de pensar son muchas mujeres, si bien las influencias inhibitorias que ejerce la moral determinan que este pensamiento se traduzca en realidad práctica, en esos vicios secretos, que muchas veces equivalen a una protesta cruda contra las leyes artificiales. opuestas al desarrollo de las otras leyes de la Naturaleza.

SAFISMO Y TRIBÂDISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Universalidad del vicio lésbico. — El lesbianismo griego.—La inexistencia del amor conyugal.—La poetisa Safo.—Difusión de sus doctrinas.—Las perversiones en Roma.—Las aficiones de la emperatriz Elena.—Denominaciones del lesbianismo.—Tribadismo y safismo.—Sociedades de viciosas.—Las ceremonias de iniciación.—Lo que refiere mademoiselle Sapho.—Ausencia del amor sentimental.—Las prostitutas que persiguió San Luis.—El lesbianisno del antiguo Oriente.—En la India y en Marruecos.—En el Japón

Las referencias que existen acerca de las perversiones sexuales en la mujer nos demuestran que esos vicios se practicaron en épocas muy remotas. En ciertas regiones de Asia, Africa y América se conocen desde hace incontables años ciertos aparatos que inventaron las mujeres casadas para consolarse durante la ausencia de sus esposos, dedicados a las expediciones de la guerra y la caza.

Esta homosexualidad, como la análoga en el hombre, era de circunstancias y nunca sistemática, como sucedía en Grecia, Roma y Oriente, no prevaleciendo durante más tiempo que aquel que duraba la forzosa separación de los matrimonios.

Acerca de las prácticas sexuales viciosas, las referencias más completas que poseemos de los antiguos tiempos se remontan sólo a Grecia, a la famosa Lesbos, que presenció las bizarras escenas de amor ideadas por la poetisa Safo, mujer que dicen era de belleza extraordinaria, tanto como su talento y su rara filosofía de las cosas del amor. La palabra *lesbianismo* no debe traducirse, legítimamente, por "homosexualidad femenina", aunque se haya pretendido darle una interpretación distinta, refiriéndose a una modalidad determinada. Todavía pudiera decirse que el lesbianismo no es la homosexualidad en sí, sino más bien la perversión crudamente sexual de las mujeres que en sus vicios no introducen nin-

gún elemento intelectual más refinado que el que se encuentra en las expresiones animales del instinto.

La celebridad de la isla de Lesbos se debió en gran parte a la actitud de los hombres griegos, que se mostraron decididos partidarios del amor a los efebos, siguiendo al pie de la letra las doctrinas socráticas. Si en el sexo masculino la adopción de aquel sistema se verificó de una manera espontánea, en la mujer no ocurrió lo mismo; ellas pensaron que a grandes males era necesario oponer grandes remedios, y frente al vicio masculino se levantó el lesbianismo sin más consideraciones.

La mujer, en Grecia, no tenía derechos y sí sólo deberes; su sumisión al sexo fuerte empezaba en el padre, pasaba por el hermano, seguía por el esposo y terminaba en el hijo. No obstante, entre las mujeres de las clases sociales más elevadas, la libertad era mayor y la inteligencia más despierta, ocurriendo otro tanto entre las cortesanas, que eran imitadas en todo por las mujeres decentes, cuyos esposos las abandonaban para buscar los placeres del amor entre los bellos efebos de los gimnasios.

Parece ser que el amor conyugal no era conocido en Grecia, como tampoco se acababa de comprender en Roma. La esposa griega no era más que una incubadora, que tenía la obligación de parir un hijo cada año, criarle hasta que se hallaba en condiciones de no necesitar de ella y entregarle después a los educadores, que se encargaban de preparar hombres para la guerra. El marido tenía en su esposa un objeto destinado a llenarle las necesidades fisiológicas y a llevar la dirección de la vida doméstica, como pudiera hacerlo en nuestros tiempos un ama de llaves. El amor del hombre griego se desarrollaba fuera del hogar, con las cortesanas o con los efebos, pero sin que jamás se sintiera atraído por su mujer más allá de la función puramente física de engendrar los hijos, que el Estado griego reclamaba de los buenos ciudadanos. Modernamente, entre los tradicionalistas japoneses, tampoco se conoce el amor en la forma que lo comprendemos los occidentales, sino que todas las mejores energías sentimentales del sexo se dedican a las prostitutas, mujeres que parecen haber heredado de muy antiguo todas las magníficas tradiciones de la exquisita hetaira griega.

Inversamente, como parece natural, la mujer tampoco amaba al hombre ni podía sentir por él otros afectos que los que puede inspirar el amo a una esclava, a quien se trata con las consideraciones naturales que se desprenden de la comunidad carnal y de los

intereses familiares. Ni las griegas podían sentirse celosas de la conducta tan poco edificante de los efebos, ni a los maridos les importaba gran cosa que las mujeres se satisficieran mutuamente, ya que en esto no había peligro de introducir en la familia descendientes bastardos. A la vez, si el amor de los hombres por los efebos tenía un fondo más o menos espiritual, entre ellas no se hacía otra cosa que satisfacer el deseo sexual y a la vez disfrutar de unos deleites puramente cerebrales, como eran los que experimentaban imitando a las hetairas, que entonces eran los árbitros de todas las originalidades.

Realmente, los sentimientos amorosos de las mujeres griegas eran sólo para sus hijos, a los que se dedicaban por entero, aparte de las diabluras sexuales, que se cometían más por emulación que por verdadera necesidad psicofísica. La mujer, repetimos, se volvió hacia la mujer misma, porque eso es lo que hacían los hombres; no sabemos, si hubiesen observado esa misma conducta de imitación, si a ellos les hubiera dado la manía por remendar calcetines o entregarse de lleno a las faenas domésticas...

Así, pues, aunque cabe asegurar que la homosexualidad viciosa se desarrolló en la mujer al principio de la organización de las sociedades humanas, cuando los pueblos se agruparon en tribus y los sexos vivían más o menos separados en virtud de sus ocupaciones especiales, es lo cierto que la Historia sólo nos habla de estas cuestiones a partir de Grecia, que es cuando el vicio parece adquirir una organización, que en ocasiones se presenta como si fuese un verdadero rito religioso.

En aquellos momentos de verdadero desbarajuste moral surgió en Lesbos la célebre Safo, cuyos versos no son más que un canto exaltado del amor entre mujeres. Su doctrina se difundió por todo el archipiélago del mar Egeo, llegando hasta Grecia, y bien pronto la isla de Lesbos (hoy se llama de Mitilene) se convirtió en un verdadero paraíso de las mujeres, que de todos los puntos acudían a escuchar los versos y cánticos que alababan al amor nuevo. Primero fueron las prostitutas más inteligentes y célebres las que arribaron a Lesbos, y después las mujeres jóvenes y honestas, es decir, vírgenes, quienes, al verse desplazadas por los efebos y las hetairas, debieron comprender que la única manera de cubrir las necesidades de su instinto, e incluso las del espíritu, y captarse de nuevo la atención de los hombres, no había que basarla en la castidad ni en la honestidad, sino en todo lo contrario. Y esto parece

ser que produjo los mejores resultados, por cuanto las mujeres de las clases sociales más elevadas no tuvieron inconveniente en figurar como alumnas de la academia sáfica, cuyos cursos tan extraños tenían lugar al aire libre, en plena Naturaleza y sin la odiada presencia de los hombres.

Safo no inventó el amor de la mujer por la mujer como sostienen algunos autores; no hizo más que seguir las costumbres de su pueblo, si bien procurando dictar reglas y métodos ordenados para el ejercicio de esas pasiones, con la introducción de elementos artísticos, tan afines de la sexualidad como son la danza, la música y la poesía.

El amor lésbico comprendía en su denominación a todas las variaciones de la homosexualidad femenina, desde el simple amor espiritual que pudieran dedicarse dos amigas hasta las más atroces y bestiales perversiones masoquistas y sádicas. Según Watson, debe entenderse por amor lésbico el deseo físico que una mujer experimenta por otra, acompañado o no de amor sentimental y que le impulsa a buscar en un ser del mismo sexo las sensaciones, los delirios y los espasmos iguales o análogos a los que provoca en la mujer su unión sexual con el hombre.

Esta pasión, que indudablemente es un derivado del instinto genésico, dice el citado autor que "parece haber existido en todos los tiempos, en todas las sociedades y en todos los puntos de la tierra, más o menos repartida, según los pueblos y las épocas". Este autor se refiere, sin duda alguna, a la expresión del fenómeno que considera natural. Ahora bien, no cabe duda que, a partir del establecimiento y desarrollo de la doctrina cristiana, que dió lugar a la fundación de la familia, basada en el matrimonio monógamo, la historia del amor lésbico no ofrece muestras de continuidad, sino que permanece secreto, aunque esto no quiere decir que dejara de practicarse. Las costumbres y las instituciones han reprobado siempre esta tendencia: "sustrae a la mujer de la influencia del hombre y la induce a rehusar los deberes de la procreación".

Un autor dice a este respecto, refiriéndose a Francia: "Las leyes y las costumbres francesas han proscrito siempre los amores unisexuales y "particularmente los de las lesbianas"; es en las Memorias secretas, en las notas de la Policía, en las confidencias femeninas a los abogados, a los médicos, en los asuntos judiciales que se dilucidan a puerta cerrada, etc., donde se encuentran los datos precisos para reconstruir la moderna historia de la voluptuosidad femenina, que, aunque oculta y cuidadosamente disimulada, tiene un puesto asignado en la historia del mundo, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días."

No obstante, aún es posible aludir a ciertos casos de lesbianismo entre mujeres célebres a partir de la poetisa Safo. En Roma siguió sus doctrinas la emperatriz Elena, esposa del emperador Juliano, de la cual se dice que diariamente se hacía traer varias jóvenes vírgenes, a las que desfloraba con sus propias manos, cometiendo antes toda clase de excesos con ellas. Después obligaba a sus damas a que realizasen con las muchachas simulacro de coito, sirviéndose de unos aparatos que imitaban un miembro viril, "sin tener piedad de los gritos de dolor que proferían las doncellas".

Subdividiendo el lesbianismo en sus variedades más comunes, nos encontramos con el *safismo* y el *tribadismo*, denominaciones convencionales que se refieren a las modalidades de los procedimientos lésbicos. El safismo consiste en la oposición recíproca de la lengua y los labios a los órganos genitales, y el tribadismo, que se deriva de la voz griega *tribo*, frotar, consiste en el contacto de los citados órganos sexuales, conociéndose a las mujeres que lo practican con la denominación vulgar de *tortilleras* en español, *tribades* en francés, *fresureiras* en portugués, *urninden* en alemán, *chabta* en árabe, *zanakhé* en indostano, *m'saiji* en japonés, etc., lo que prueba la difusión del vicio en todas las razas y civilizaciones antiguas y modernas.

Hay quien sostiene que en el estudio del vicio lésbico es preciso distinguir numerosos grupos, estableciendo las categorías según los móviles que dan lugar al desarrollo de estas pasiones. Antiguamente se creía que la causa esencial que predisponía a las pervertidas activas era el desarrollo exagerado del órgano clitoridiano, y estas mujeres eran las conocidas con el nombre de tribadas, "porque hacían con las mujeres el oficio de los hombres". Se disculpaba su perversión en la creencia de que un clítoris de mayores dimensiones que las normales imposibilitaba en absoluto el contacto carnal con los hombres, porque, aparte de suponer un obstáculo para la penetración, la compresión exagerada producía dolores insoportables.

Esta teoría no se admite modernamente, pues, en casos en los que el pequeño órgano rebasa las dimensiones naturales, el comercio sexual es perfectamente compatible con la voluptuosidad, ya

que el mecanismo del roce puede ejercerse sin que tenga lugar esa compresión dolorosa de que hablaban los antiguos tratadistas.

También se aplicó el nombre de tribadas a las mujeres que se masturbaban por medio de la introducción en la vagina de los dedos o de un aparato de cuero conocido por la denominación de *olibos,* cuya palabra se traduce en el diccionario de Suidas por "un miembro viril en cuero, que era usado por las mujeres de Mileto y Lesbos, como tribadas e impúdicas, y del que también se sirven las mujeres viudas". Por extensión, se llamó asimismo tribadas a las mujeres que, sirviéndose de una imitación fálica, producían el orgasmo a otras pervertidas, experimentándolo ellas mismas en virtud de cierto dispositivo que tenía el aparato y que producía por frotamiento la excitación clitoridiana (1).

Entre el tribadismo y el safismo existen grandes diferencias; por lo general es raro encontrar en dos mujeres las dos modalidades, siendo la primera la que se practica en el principio de las relaciones pervertidas. Las tribadas pueden terminar en el safismo; pero, una vez habituadas a esta recíproca o también unipersonal perversión, es muy difícil que vuelvan a las prácticas tribádicas, cuyas excitaciones son más groseras y molestas, no alcanzando nunca la misma intensidad que la que se produce por la mutua masturbación lingual.

En España, por ejemplo, el tribadismo está mucho más extendido que el safismo, mientras que en Francia ocurre todo lo contrario. La mentalidad de la mujer española se aviene muy mal a desprenderse de la repugnancia que inspiran los órganos excretorios, repugnancia mucho más significada entre mujeres que de mujeres a hombres. En los casos de safismo que yo he tenido ocasión de observar—ni media docena, en suma—, sólo una de las mujeres, una prostituta, me pareció normal; en las restantes, el alcoholismo, las taras mentales o nerviosas y el uso de los estupefacientes aparecían de una manera bastante acusada en la justificación de la anormalidad; tres de dichas mujeres, prostitutas también, practicaban el safismo con tres mujeres que no eran prostitutas, dos viudas y una excéntrica solterona muy religiosa.

Carecemos de noticias exactas respecto del desarrollo en España de las sociedades lésbicas que florecieron en Francia hacia el siglo XVIII; pero es fácil que no fuera posible observar estos vicios femeninos, aunque no pretendo asegurar que no existieran, con la misma diafanidad que se manifestaron en el país vecino. La influencia de la religión tanto pudo determinar la repugnancia de la mujer española hacia estos vicios como imposibilitar que trascendieran al exterior de determinadas comunidades de mujeres.

(1) En el volumen XLII, titulado *Los artificios del placer,* se describen los aparatos más empleados para la satisfacción de la sexualidad, tanto solitaria como homosexual.

En cuanto a Francia, el libro de Hervez titulado *Les sociétés d'amour au XVIII siècle,* constituye un documento de copiosos datos, que no pueden dejar dudas respecto del desarrollo que habían alcanzado esas sociedades de vicio homosexual. Eran, por lo visto, muy numerosas esas asociaciones, tanto de hombres como de mujeres, en las que figuraban individuos casados y con hijos, que no podían ser incluídos legítimamente en los índices de la inversión congénita.

Una de aquellas sociedades se denominaba *Anandryne,* palabra derivada del griego que significa antihombre, en la que su única finalidad era el culto sáfico, estando prohibida toda clase de amores. La presidenta de la asociación fué una célebre actriz, llamada mademoiselle Raucourt, figurando con cargos importantes encopetadas damas de la época, entre ellas la duquesa de Villeroy, la marquesa de Senecterre y otras personalidades de la aristocracia y el arte.

Las reuniones de estas mujeres tenían lugar en un palacio, propiedad de madame de Furiel, esposa de un magistrado que gozaba de gran prestigio y autoridad en aquellos tiempos.

Este palacete ofrecía el aspecto de una mansión burguesa respetable y honesta; pero, detrás de las altas tapias, se extendía un bello y magnífico jardín, rigurosamente cerrado, así como un pabellón dispuesto para celebrar en él toda clase de orgías lesbianas. Ningún hombre podía ser admitido en este santuario, donde se adoraba a Safo como a una diosa y en el que tenían lugar las reuniones de las tribadas y sáficas, que se reunían en pequeños grupos o en conjunto, especialmente cuando se trataba de ceremonias de iniciación de una nueva adepta.

Una escritora francesa, que figuró en la sociedad citada con el pseudónimo de Mlle. Sapho, ingresando muy joven en aquella secta, describe así la ceremonia completa de su iniciación: "Se me dijo que yo no podría llegar hasta la Maestra si antes no había

hecho los preparativos necesarios para ser digna de llegar a su presencia.

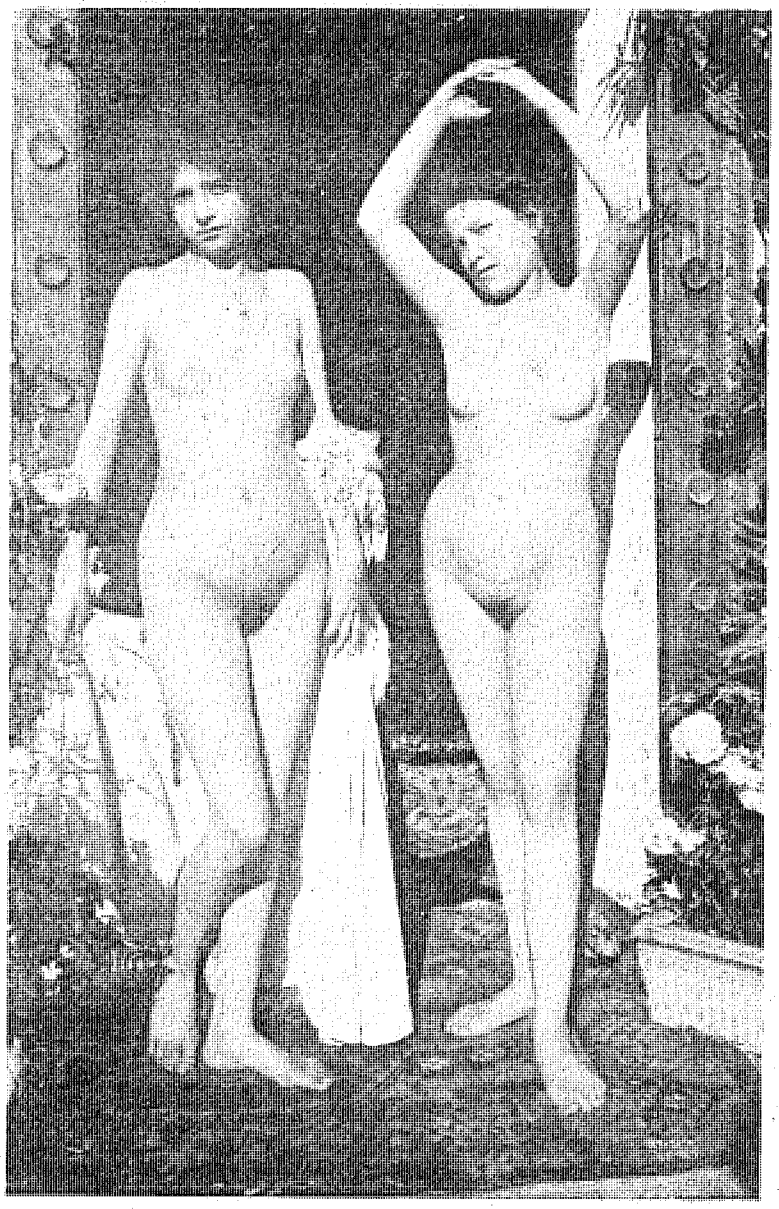
"Por consiguiente, unas mujeres comezaron por bañarme, tomándome la medida de los primeros vestidos que yo debería usar. Al día siguiente me condujeron al gabinete del dentista de madame Furiel, el cual reconoció mi boca, me limpió los dientes, hizo en ellos pequeños arreglos y me entregó un frasco conteniendo una esencia propia para producir un aliento dulce y suave. Volví de nuevo al palacete, las mismas mujeres que me acompañaron me hicieron tomar un nuevo baño; después de secarme ligeramente, me arreglaron las uñas de los pies y las manos, raspándome las durezas y callosidades, me depilaron todo el vello mal emplazado, me peinaron mi abundante cabellera en bucles, etc.

"Dos muchachas, hijas de la jardinera, acostumbradas, sin duda, a estas funciones, me lavaron cuidadosamente todas las aberturas de mi cuerpo: la boca, las narices, los oídos, el ano y la vulva, dándome masaje en todas las junturas para dejarlas más suaves. Mi cuerpo, así dispuesto, fué perfumado con varias esencias, que tenían en grandes frascos y que derramaron sobre mí en abundancia, haciéndome después la *toilette* ordinaria del cabello con un gran moño, adornado con flores. En seguida me dieron una camisa, hecha según la moda de las tribadas, o sea abierta por delante y detrás, aunque ceñida a la cintura por medio de una cinta rematada en un lazo. Los vestidos eran muy ligeros; pero, a pesar de hallarnos en el mes de marzo, yo no tuve frío gracias a la calefacción que reinaba en todos los departamentos de aquella casa tan bien acondicionda.

"El salón donde tenían lugar las iniciaciones ocupaba el centro del pabellón, una pieza de forma ovalada, cuya iluminación venía de la parte alta. Allí había una estatua de la diosa Vesta y el busto de Safo, así como el de todas sus amantes. En el centro se elevaba un lecho en forma de cesta, y alrededor de la pieza se extendían varios divanes turcos, guarnecidos de cojines.

"Sobre el lecho reposan la presidenta y su discípula, situadas una enfrente de la otra, con las piernas entrelazadas; de igual forma están acostadas en torno de la sala, en la misma posición, todas las tribadas, por parejas, compuestas de la "madre" y la "novicia", o, en términos místicos, de la "íncubo" y de la "súcubo".

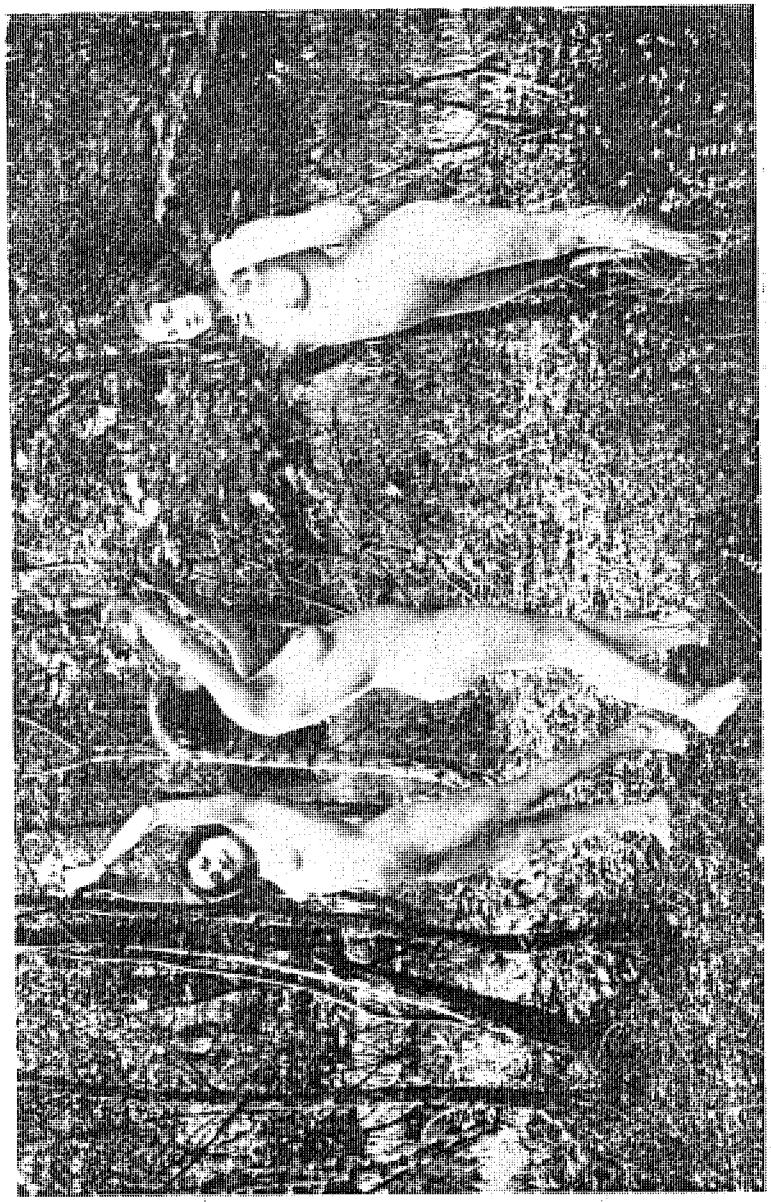
"Todas las madres están vestidas con su traje de ceremonia, que es una levita de color de fuego y cinturón azul; las novicias, en



MUJERES LESBIANAS

Son las protagonistas de un caso de impulso lésbico irreprimible estudiado por un tratadista italiano. La de la derecha, que ejercía el papel activo, era heterosexual.

LAMINA I



EL «MENAGE A TROIS»

Estas pequeñas sociedades lésbicas representan una de las manifestaciones más crudas de la perversión de la mujer heterosexual.

LAMINA II

levita blanca y cinturón rosa, todos los jubones y camisas abiertos.

"A una señal dada, una de las tribadas guardianas introduce a la postulante y su "madre".

"Sobre el recipiente arde el fuego sagrado, que produce una llama viva y olorosa.

"Llegada a los pies de la presidenta, la "madre" dice: "Bella presidenta, si quieres compañía, he aquí una postulante. Ella me ha parecido reunir las cualidades requeridas. Jamás ha conocido al hombre, está maravillosamente conformada, y en los ensayos que la he hecho realizar la he reconocido plena de fervor y de celo; yo pido que ella sea admitida por nosotras".

"Después de estas palabras, la "madre" y la "hija" se retiran para deliberar. Al cabo de algunos minutos, una de las dos guardianas viene a decir el resultado de la votación. Si es favorable, la postulante es admitida a la prueba. Se la desnuda, dándola un par de chinelas o envolviéndola en un simple peinador, conduciéndola delante de la asamblea, donde la presidenta desciende del lecho y la deja completamente desnuda.

"Naturalmente, la neófita se mueve adoptando todas las posturas, de cuya forma es vista por todas las mujeres de la institución, de forma que ninguno de sus encantos pueda sustraerse al examen.

"Cada pareja viene sucesivamente, mostrando su aceptación por medio de un abrazo y un beso a la florentina, que recibe la joven. Seguidamente se la entrega un vestido de novicia, y la muchacha presta a los pies de la presidenta el juramento de renunciar al comercio de los hombres y de no revelar a nadie los misterios de la asamblea. Se la da un anillo de oro, la presidenta pronuncia un discurso lleno de consejos y se pasa a la sala del banquete.

"A los postres se beben los vinos más exquisitos y se cantan las canciones más alegres y voluptuosas; por último, cuando todas las tribadas han alcanzado el necesario grado de humor y no pueden contenerse, todas penetran en el santuario para celebrar los grandes misterios.

"Todas las orgías se celebran con la misma solemnidad y no sin excitar la emulación de las tribadas; en esta academia de lubricidad se instituye un premio, que se entrega a la pareja más audaz: una medalla de oro, en la que está representada la diosa Vesta con todos sus atributos."

La descripción que Mlle. Sapho hace de las escenas que tenían

lugar entre aquellas mujeres no puede ser reproducida. Desde luego, no ocurría como entre los invertidos masculinos, cuya homosexualidad está determinada por factores innegablemente sentimentales. Las lesbianas se limitan a procurarse todos los deleites sexuales imaginables, incluso los más repugnantes y brutales, que sólo pueden justificarse por un deseo animal de extraordinaria lubricidad.

El tribadismo era menos frecuente que el safismo, y los procedimientos sádicos abundandaban en todas sus medidas. No podía existir el menor afecto sentimental, ya que las parejas cambiaban con mucha frecuencia y a veces se confundían activas y pasivas en aquellas orgías, verdaderamente bestiales. Por lo común, el alcohol entraba en gran parte en la producción de estas escenas de falsa homosexualidad, pues, a pesar de los juramentos, muchas mujeres estaban casadas y eran madres de familia.

En ciertas obras de Brantome se encuentran valiosos detalles para el estudio del amor lésbico en la Francia medieval, si bien se abstiene de dar nombres de las mujeres a que alude, todas pertenecientes a las clases sociales más elevadas, como las damas de honor de una reina de Francia, a las cuales sorprendió practicando estas relaciones el duque de Anjou, que fué más tarde Enrique III.

Entre las prostitutas, que fueron tan sañudamente perseguidas por San Luis, ya existían comunidades de mujeres que se consolaban entre ellas, a consecuencia de la imposibilidad en que se las había puesto de aceptar las caricias de los hombres. Cuando fueron destruídos los prostíbulos, el santo moralizador no se ocupó de poner a buen recaudo a las mujeres que habitaban en aquellos verdaderos antros, las cuales quedaron en libertad para ganarse la vida en aquellas ocupaciones que más a tono estuviesen con sus conocimientos.

Bueno es decir que la prostituta profesional no conoce ningún oficio, ya que si lo hubiera conocido no se hubiese entregado a la prostitución; esto no podrá decirse actualmente con más razón que hace un par de siglos. No obstante, y más en apoyo de nuestras teorías, las prostitutas a quienes San Luis puso el veto debieron ser las más "lombrosianas" que han existido, por lo que nada de particular tiene que, al suprimírseles el oficio por disposición real, procurasen satisfacerse de paso que se procuraban los necesarios medios de sustento.

En efecto, ocurrió que, muchas de ellas, pasaron a prestar servicios domésticos en las mansiones de los señores de la época; pero

como resulta que en todo tiempo la prostituta ha tenido la desgracia de querer ser emulada por un gran número de mujeres decentes, de ahí que, mientras los jefes del ejército de los Cruzados se expatriaban en largas expediciones guerreras, sus mujeres se servían de las servidoras para suplir la ausencia de los esforzados paladines de aquellas causas espirituales.

De esta forma fué como se introdujo el amor lésbico en los hogares más respetables. La hetaira de la Edad Media, como la de la antigua Grecia y la de los tiempos presentes, tenía en su oficio tan placentero un atractivo insustituíble para las honestas damas hogareñas, que no acertaban a explicarse el porqué de la atracción que sobre sus esposos y hermanos ejercieron en todo tiempo las mujeres de vida alegre.

En las memorias de Casanova se pueden leer muy detenidas descripciones acerca de lo extendido que estaba el amor lésbico entre las mujeres de Provenza. No obstante, a pesar de los trescientos años transcurridos, parece ser que las costumbres no han variado mucho.

En todo el Oriente se conocen de muy antiguo las relaciones viciosas de las mujeres sin hombres, bien por solteras y temerosas de un embarazo, o bien porque, siendo casadas o recluídas en los serrallos, sus maridos permaneciesen ausentes durante algún tiempo. En la India existen cinco palabras para definir el lesbianismo, y los poetas Nazi y Rangin tratan en varias de sus obras de esta clase de relaciones viciosas, algunas veces con mucha crudeza y sin omitir el menor detalle de tales prácticas. La poetisa Juhn dice en sus versos que la relación sexual con una mujer debe ser preferida a la satisfacción ofrecida por un amante.

En ciertas narraciones para mujeres, escritas hace ya miles de años, sus autores describen los deleites que pueden proporcionarse las mujeres de los serrallos cuando les faltan las caricias de sus esposos, y hasta describen las formas en que deben practicarse el safismo y el tribadismo para obtener de estas variaciones los máximos placeres. Todos los tratados de erotología orientales contienen numerosas páginas dedicadas a la propaganda de estos vicios femeninos, tan antiguos como el mundo, y que en algunos países llegaron a gozar del prestigio de verdaderos ritos religiosos.

En Persia y Turquía existieron serrallos en los que estos vicios se pagaron con la vida de aquellas lesbianas insatisfechas. Un magnate persa tuvo noticias por un eunuco de las aficiones de sus es-

posas, y un buen día pudo comprobar que los hechos sucedían exactamente lo mismo que se los habían referido. El poderoso señor, sin andarse con más contemplaciones, se puso de acuerdo con el verdugo, y una hora después habían rodado por el suelo del harén las veinticinco cabezas de sus bellísimas concubinas circasianas y la del eunuco que denunció el escándaloso comportamiento de tan ardientes mujeres.

El doctor Buchanan, que vivió mucho tiempo en la India, refiere lo siguiente: "En la ciudad de D. vivían aparte dos mujeres; una de ellas era Brahmin, la otra, pastora; su *modus operandi* era el tribadismo, según me informó un testigo presencial del acto. En una ocasión me llamaron en S. para asistir a una viuda de un opulento mahometano; tuve ocasión de examinar sus partes, y en ellas encontré lo que Martineau hubiera llamado estigma indeleble de remota masturbación y presente safismo. No negó mi suposición y me confesó que estaba en buenísimas relaciones con sus tres hermosas y jóvenes doncellas. Me dijo esta señora que había comenzado a masturbarse de niña, "como las demás mujeres", y que practicó el safismo después de la edad de la pubertad. Conozco otra mujer mahometana que posee un clítoris muy desarrollado; fué iniciada en el amor lésbico a la edad de doce años por una vecina, y le ha practicado intermitentemente desde entonces. También mencionaré dos hermanas de la casta de jardineros, ambas viudas, que "viven aparte" y se entregan simultáneamente al safismo."

En Marruecos, entre las mujeres civilizadas que han viajado por Europa y que, saltando por encima de las tradiciones, se educaron en colegios cristianos, el tribadismo y safismo son frecuentísimos desde las edades más jóvenes. Una mujer que estuvo al servicio de una de las esposas de un caudillo moro que desempeñó un importante papel en el levantamiento de 1921 me dijo que su señora se servía, "con gran complacencia por parte de su esposo", de varias muchachitas jóvenes, reclutadas en las kabilas del Sur a este solo efecto. Afirma también que las narraciones picarescas, que van transmitiéndose entre las generaciones de esclavos y siervos de las grandes casas señoriales de todo el Mogreb, hablan de los vicios homosexuales de las esposas y concubinas de los magnates de Fez, Marrakech, Tetuán, etc., entre las que todas las variaciones del amor lésbico se practican de muy antiguo, no sólo en los harenes, sino hasta en las casas de los nobles donde hay mujeres solteras.

Todas las mujeres de las familias adineradas son amantes del safismo, a lo que obligan a las servidoras blancas y a las esclavas negras en la misma forma que lo hacían los *fellatores* educados a tal fin por las damas romanas. El tribadismo se practica más entre las mismas esposas o mujeres de igual rango; pero las solteras, incluso niñas de once y doce años, se hacen safizar por la servidumbre femenina y algunas veces por los eunucos.

En el Extremo Oriente, China es un país donde estos vicios no parecen estar muy extendidos entre las mujeres, si bien no son indiferentes a las caricias lésbicas de los hombres. En las casas de prostitución japonesas, las cosas pasan de muy distinta manera, pues estas hetairas, comparables a las antiguas griegas, emplean toda clase de refinamientos con más intensidad de lo que se observa entre las francesas y alemanas, prostitutas que en Europa parecen tener muy bien ganada una antigua fama de insaciables viciosas.

Así, pues, en la antigüedad de todos los pueblos, el safismo y el tribadismo se conocieron, ignoramos con qué nombres, muchos siglos antes que en Lesbos. Puede afirmarse también que cuanto mayor ha sido el grado de cultura más se han conocido estas perversiones femeninas, pues hay muchos pueblos salvajes que o las desconocen o son merecedores de críticas y castigos, lo que evidencia que si la inversión sexual, de que ya hemos hablado en el anterior volumen, es un hecho natural y universal, la perversión, o sea el vicio, es una de las aportaciones de la civilización y una consecuencia, hasta cierto punto lógica, de las restricciones impuestas por la cultura al desarrollo normal de los instintos primitivos y fundamentales.

PSICOLOGIA DEL AMOR LESBICO

Diferencias psicológicas entre la inversión y el vicio.—La actitud de la mujer.—Su ambición erótica.—La responsabilidad del hombre.—Proceso de la perversión.— La amiga comprensiva. — Otras causas de la perversión femenina.—La masturbación.—Los dos tipos de lesbianas.—El egoísmo, determinante esencial.—Las sáficas pasivas.—Las sentimentales.—El lesbianismo y el amor natural. La ausencia de satisfacciones normales.—El temperamento de la sáfica y el de la tribada.—Las aberraciones.—Curación de los vicios femeninos

La psicología del lesbianismo es la misma que la de todos los vicios que practica la Humanidad entera. El amor lésbico no es más que una perversión que algunas veces suele ir unida a la inversión sexual, fenómeno que, como ya hemos dicho, es bastante más raro en la mujer que en el hombre, especialmente en su forma pasiva. Hay invertidas que debieron haber nacido con órganos masculinos, porque sus tendencias son completamente hombrunas. En estas mujeres la teoría de la bisexualidad, la endocrinológica y otras muchas que se han aducido para justificar esa variación de la sexualidad femenina son bastante respetables para ser negadas en absoluto, porque los hechos resultan idénticos a los que se observan en el hombre invertido, el cual, cuando su perturbación es congénita, siempre es afeminado, de sentimientos y maneras femeninas y de mentalidad pueril. Ahora bien, el invertido del tipo masculino, que también existe, es muy raro que sea auténtico; casi siempre es un vividor, un vicioso, un ente que se hastió de heterosexualidad y que, en la demanda de excitaciones para su psiquismo sexual deshecho, no repara en medios que conduzcan a la consecución de sus fines.

Todavía en el hombre, en virtud de su papel activo en las funciones todas del amor, la perversión puede tener una disculpa, si nos atenemos a las razones de ese afán de variación. Un pervertido

de tipo masculino, es decir, un homosexual activo, es siempre un macho vicioso, pero macho al fin; pero esas mujeres lésbicas, que sólo practican el safismo pasivo después de haber conocido al hombre, cuya sociedad les repugna ahora, y, más aún, las que jamás tuvieron relaciones con individuos del sexo contrario y observan igual conducta, ¿qué disculpa pueden tener?

Puede admitirse que un hombre derive hacia la feminidad y una mujer hacia la masculinidad; mas cuando el papel activo del homosexual masculino o el pasivo de la homosexual femenina se nos ofrecen—como pretenden algunos autores—como un exceso de masculinidad o feminidad, según se trate del hombre activo o de la mujer pasiva, lo único que puede advertirse con más claridad que otro síntoma cualquiera es la perversión, la depravación, la degeneración y el vicio: todo viene a ser lo mismo.

No obstante nuestra sincera condenación, hecha en términos generales, hay veces en que el lesbianismo da lugar, tanto en la parte activa como en la pasiva, al desarrollo de muy elevados ideales, ya que la imaginación desempeña siempre un papel importantísimo en cualquier clase de amor.

En primer lugar, debe analizarse el origen del lesbianismo, cuando no depende de las influencias externas y puramente artificiales, como ocurría en Grecia y en las sociedades lésbicas, de que hemos hablado en el anterior capítulo, cuyas sectarias tenían que demostrar —ignoramos en qué forma—que nunca tuvieron relaciones con hombres.

La psicología femenina es muy compleja: olvidar este detalle importantísimo en el estudio de los vicios sexuales femeninos ha conducido a muchos observadores a muy graves fracasos. La emotividad de la mujer, su sensibilidad, los múltiples prejuicios que sobre ella pesan, coartando las energías naturales y su natural débil, en comparación con la mentalidad del hombre, representan un principio en la causalidad de ciertas perversiones.

Las causas y orígenes del amor lésbico, es decir, del tribadismo y el safismo, del vicio, en resumen, son todas las apuntadas, en términos generales. La mujer tiende siempre a ampliar el dominio del amor y a saciar sus voluptuosidades naturales. En muchas de temperamento neuropático sucede, como dice Chevalier, que el disgusto es una consecuencia de los excesos "Siempre están sedientas de algo nuevo, siempre buscan lo desconocido en el campo infinito del placer, desean gustar todas las embriagueces, conocer todos

los besos, cantar toda la lira, y, en demanda de todo esto, va siempre lejos, muy lejos, hasta lo ilícito y lo anormal. Pero lo más importante y de mayor influencia en la producción de estos fenómenos es el hombre; él es el solo culpable; él es quien despierta en la mujer la curiosidad por las sensaciones ignoradas, equivocándola en su atención por su brutalidad o su impotencia perversa, no sirviéndose de ella más que como un instrumento de placer, para satisfacer sus deseos, sin ocuparse de ella para nada más noble."

Este autor estima que la mujer iniciada en estas condiciones, casi siempre termina en el adulterio o en el vicio homosexual cuando el respeto que profesa a su marido se inspira en el temor. No obstante, no somos de la misma opinión, porque, conociendo esa psicología especial del sexo femenino y, muy especialmente, cuando se trata de individuos impresionables, de carácter apocado, sensible y neurótico, las cosas suceden de muy distinta manera.

La safista o la tribada pasivas que fueron iniciadas por otra mujer, a no ser que se trate de invertidas congénitas, es decir, de superfemeninas, siempre terminan por caer en los brazos de un hombre, porque, en el fondo de su conciencia sexual, no falta nunca un reproche hacia su conducta ni la esperanza de que en el amor normal debe existir algo mejor que en aquellas caricias estériles. Si esto no fuese así, la raza se habría extinguido hace ya miles de años.

Pero en la mujer que ha sido violentamente iniciada o que se sometió por amor o por curiosidad a las caricias de un hombre vicioso o simplemente corrido y exclusivamente sensual, el desengaño es tan fuerte y el traumatismo tan hondo, que, cuando comprueba que fué tomada como un objeto pasivo de la brutalidad del macho, sin experimentar ninguna sensación agradable, a pesar de haber conocido todas las impresiones dolorosas, aquel amor se transforma en odio y su curiosidad en hastío, en desilusión y en pena.

Todas estas sensaciones, tan opuestas a las que ella soñó tantas veces, no bastan para reprimir sus impulsos sexuales, que jamás quedan satisfechos, sino, por el contrario, mucho más excitados. El horror que la inspira su marido o su amante, es decir, su iniciador, se extiende hacia todo el sexo masculino: la actitud preliminar de exquisita galantería que el macho muestra siempre en las fases de la conquista contrasta enérgicamente con la conducta que inicia tan pronto puede disponer a su antojo del objeto de sus anhelos. Ya hemos hablado del valor de los traumatismos psíquicos en la determinación de todas las perversiones del impulso sexual.

La muchacha que fué al matrimonio o se entregó sexualmente a un hombre movida por elementos sentimentales más que sexuales, ante el fracaso completo de sus ilusiones vuelve la mirada hacia sus amigas, con las que seguramente tuvo ciertas intimidades inconfesables. Lo mismo que el hombre recurre siempre al consejo o al consuelo de un amigo leal cuando comprueba que el matrimonio, al que fué ilusionado, representa la mayor catástrofe sentimental de su vida, así la mujer inteligente acude a la amiga íntima, que fué su confidente en sus tiempos de niña y de soltera. El hombre que se consuela con las palabras y exhortaciones de un amigo no necesita a la vez de esas ternuras que las mujeres precisan casi siempre en el mismo caso; pero cuando es una mujer delicada, cuya delicadeza y sensibilidad la obligan a buscar lenitivos a su dolor precisamente en el cariño de una mujer más fuerte que ella, esas ternezas y caricias con que la amiga procura consolarla suelen ser siempre tanto más expresivas cuanto más sincero sea el dolor que en la amiga causen las cuitas de la infortunada, que siente necesidad de protección, de consejo, de someterse por entero a la voluntad de aquella confidente, que tan bien ha sabido interpretar su dolor.

En esos momento de indignación no falta la frase de ritual: "Todos los hombres son iguales." Después de repetir las palabras inevitables, la amiga reclama la explicación de detalles del porqué de su disgusto. Naturalmente, la desengañada cuenta pronto, punto por punto, todo lo acaecido entre ella y su esposo, lo que él ha hecho y lo que ha dejado de hacer. El estado emocional de las dos amigas y la narración de los hechos sexuales rara vez dejan de constituir un poderoso excitante de la sensualidad, en la que escucha lo mismo que en la que narra la historia de su fracaso. Y si por acaso surge en esos momentos un recuerdo íntimo de la época del colegio, el odio al hombre terminará por manifestarse entre aquellas dos mujeres de una manera inevitable.

En los tiempos que corren, cuando la libertad de una mujer no tiene más límites que los que opone el accidente natural del embarazo, ya que el concepto del honor virginal ocupa un plano inferior al que ocupó hace sólo algunos años, todas las perversiones sexuales se desarrollan y practican incluso por individuos perfectamente normales. La iniciativa parte siempre del hombre, único culpable en este caso, que a la vez exige la reciprocidad en la acción.

Si esta mujer, por cualquier circunstancia, no llega al matrimonio, se habrá convertido en una safista pasiva o en una tribada.

Watson refiere varios casos de mujeres que, hastiadas de la brutalidad física y moral de sus amantes, recurrieron al amor lésbico como a una purificación, a una idealización del misterio pasional. "Muy habituadas—dice—al gesto pasional, todo amor implica para ellas la satisfacción física; buscan, naturalmente, el espasmo con su amante o procuran provocarle en ella; por lo tanto, la sensibilidad no es el fin de su *liaison*, sino que no pasa de ser la consecuencia."

La mujer lesbiana es muy comúnmente una prostituta que adoptó ese oficio más por las circunstancias que por su voluntad o su temperamento. Las necesidades de su existencia la resultan bien pronto repugnantes y el cliente se ofrece a su criterio como un enemigo o su verdugo.

El mismo autor cree que, en las clases acomodadas, la lesbiana por sentimiento suele ser muy rara, a menos que se trate de una viciosa o esté descontenta de su marido. Reconoce la culpabilidad de éste cuando las realidades insospechadas de la vida conyugal vienen a reemplazar a las ilusiones que se forjó de mujer, persuadiéndose entonces de que el amor despótico y egoísta del hombre no la ofrece esas ternuras que ha soñado y que, sin duda, buscará por otra parte.

El doctor Bourgas dice que la mayor parte de los hombres desconocen en absoluto la constitución física de la mujer, lo mismo que su destino social; es un error imperdonable el que comete un hombre cuando dice que su esposa es voluble, resultando, en realidad, que es él que no sabe fijarla en una actitud determinada: "el hombre demanda cosas que están fuera de la naturaleza, mientras afirma que la mujer es incosecuente".

Otra causa del amor lésbico es la diferencia de edad de los cónyuges, o, mejor dicho, cuando el marido es viejo y la mujer joven. Se conocen algunos casos de matrimonios en estas condiciones, cuyos maridos consienten a sus jóvenes esposas determinadas amistades, comprendiendo que entre la mujeres existe una camaradería natural, una tolerancia de sus fantasías, una comprensión tácita de sus gustos, que, en virtud de un matrimonio desigual, se muestran siempre con más crudeza y más libres de ciertos prejuicios.

La masturbación clitoridiana, practicada en edades tempranas, casi siempre termina en el safismo pasivo. Llega a localizarse de

tal modo la excitabilidad, que la única zona susceptible a esas caricias se concreta al órgano clitoridiano. El tribadismo suele ser muy frecuente, si bien no encuentran emociones más intensas que las producidas por la succión o la titilación lingual. En estas condiciones, la mujer desdeñará siempre las aproximaciones normales, que la dejan completamente insensible, y si su marido no accede a practicar en ella las caricias viciosas, no tarda en servirse de una amiga o de una prostituta, a la que paga a tal fin. En las últimas páginas de anuncios de muchos periódicos pueden leerse demandas de mujeres "libres", solicitadas por mujeres de sentimientos completamente heterosexuales; pero que, en virtud del dominio del vicio sáfico, no encuentran satisfacción completa por otro procedimiento.

En el amor lésbico podemos distinguir dos grupos diferentes que, aparte de la identidad de los mecanismos físicos, desde el punto de vista espiritual, no pueden compararse uno con otro. En el primer grupo podemos incluir a las mujeres propiamente viciosas y pervertidas, que se muestran ávidas de la sensación material neta, sin más complicaciones sentimentales, y en el segundo, figuran aquellas otras de temperamento delicado, almas tiernas y débiles, amargadas en su existencia y gravemente heridas en el corazón por las incomprensiones y la brutalidad de los hombres.

Las primeras son las voluptuosas, verdaderas furias de sensualidad—no siempre individuos psíquicamente normales—, que nunca se ocupan del placer que pueden procurar, sino que se esfuerzan en recibir y experimentar todos los deleites imaginables sin reparar en los medios, por brutales y repugnantes que sean o parezcan. Estas mujeres, muy abundantes en casi todo el mundo y en las clases todas de la sociedad, si bien más frecuentemente en las elevadas, parecen haber perdido el sentido moral en sus manifestaciones sexuales, siendo capaces de llegar al sadismo y a la locura erótica. Lo más extraño de estas mentalidades, es que su vicio es perfectamente compatible con la sexualidad normal, cuyo comercio no rehusan nunca, tratándose de sus esposos o amantes habituales, permaneciéndoles absolutamente fieles con relación a otros hombres, aunque jamás suceda lo mismo con las amantes o amigas, que seleccionan con tanta habilidad, que a veces es imposible descubrirlas.

Las segundas son las cerebrales, las grandes imaginativas, las románticas que sufrieron un desengaño amoroso de índole sentimental al mismo tiempo que se revelaba con todas sus fuerzas el poder del instinto. Las pasiones de estas criaturas—casi siempre son

pasivas en el amor lésbico—van siempre mucho más allá de los límites impuestos por la lógica y la razón, y acaban, por lo común, en la histeria religiosa y mística, en la manía persecutoria y hasta en el delirio melancólico. Huelga decir que, en estos casos, las neurosis de toda clase hicieron más que el desengaño amoroso o la causa a que pudiera atribuirse el trastorno, cuya función única consistió en poner a flor de piel el morbo mental que permaneció oculto, seguramente heredado o adquirido en edades muy tempranas.

Desde luego, el odio al hombre toma en su corazón y en su cerebro una forma brutal y homicida; muchos atentados cometidos por mujeres en la persona de sus amantes no fueron promovidos por el amor o la desesperación del abandono, sino por el odio y la sed de exterminio. Estos casos, aunque frecuentes, se observan más en la consulta que en público y siempre son susceptibles de un diagnóstico fácil.

Poseo el historial completo de tres sáficas pasivas, una de ellas completamente desequilibrada y las dos restantes aparentemente normales y sin taras graves, pero envenenadas de melancolía; ambas estuvieron muy enamoradas de dos hermanos—dos sinvergüenzas—, a los que, respectivamente, entregaron todo lo que puede dar una mujer verdaderamente apasionada. Ambas instalaron un pisito, donde celebraban sus entrevistas "completamente a oscuras, para que la ilusión fuese más perfecta". Estas ilusiones, que en cada muchacha adoptaban una forma distinta, no eran más que ensueños, en los que los fantasmas eróticos se reducían a evocar las caricias de sus antiguos amantes, a los que su imaginación representaba en las actitudes y circunstancias más extrañas. Así, una de ellas, la más joven e inteligente, cuyo ex novio era abogado, creía verle informando en una causa célebre ante el tribunal, al mismo tiempo que practicaba con ellas las caricias sáficas más perversas, ante la estupefacción y el escándalo de los graves magistrados.

La otra era más *vulgar* en sus ensueños: recordaba invariablemente la primera vez que su amante practicó con ella esas caricias encontrándose en el campo; se le imaginaba vestido de pastor, sucio, desarrapado y brutal. Una vez obligó a su amiga a disfrazarse de este modo; pero la sensación, aunque el mecanismo era más real, fué incompleta y desistió de repetir la escena.

En muchos casos se trata de mujeres casadas y con hijos, que, aparte de su vicio lésbico, son tan buenas madres como amantes esposas. No puede llamárselas anormales, porque en ninguno de

los aspectos de su intelectualidad denotan la menor perturbación, y, lejos de esto, siempre se muestran respetuosas y prudentes, hasta el punto de que su reputación jamás podrá ser puesta en tela de juicio.

El amor sáfico, practicado sin que ambas mujeres se sientan atraídas por una afección sincera, una ilusión exaltada de ternura o un ardiente deseo de cariño, no es más que una cruda manifestación de egoísmo y un violento deseo de satisfacciones puramente animales, que no está ennoblecido ni por un solo átomo de espiritualidad. Tal es, en pocas palabras, la psicología eje del vicio lésbico. Un autor dice que esta clase de safistas es la que se entrega a las pasiones más extremadas, las más repugnantes y las más terroríficas también. Una mujer de esta catadura moral—el 95 por 100 de las lesbianas—no llegaría con un hombre, como sobrepasa con otra mujer, a olvidar todo su pudor, su sexo, su dignidad, sus sentimientos, a caer en la más abominable bestialidad, en la animalidad más innoble y la más siniestramente burlesca.

Watson es de opinión que estas mujeres forman en todo el mundo verdaderas legiones: en el centro de Africa, un explorador pudo ver a once parejas de muchachas y mujeres safizándose recíprocamente y cometiendo a la vez las más repugnantes atrocidades.

El imperio poderoso del instinto y el del egoísmo más desenfrenado corren pareja en estos casos. No sé hasta qué punto podrá ser verdad lo que me refieren de las relaciones de una mujer de cuarenta años, muy bien conservada, y una hija suya, de dieciocho. Se trata de una familia aristocrática, en cuyos ascendientes más cercanos hubo un alcohólico y una demente, lo que me induce a creer que mis informadores—un matrimonio de criados que, por su conducta, fueron expulsados de la casa—, tal vez bastante parciales, no deben exagerar mucho en cuanto me han relatado acerca de esas relaciones, verdaderamente mostruosas, cuyos detalles es imposible describir en una obra de esta naturaleza.

La safista, sea pasiva o activa—por lo general cambian los papeles o simultanean el acto—, emplea los ademanes y procedimientos más brutales para satisfacer su erotismo desenfrenado y del que no es posible hacerse más que una ligera idea si lo comparamos con el del hombre. La facilidad que tiene la mujer para repetir varios orgasmos con cortos intervalos, en virtud de las razones apuntadas al hablar del impulso sexual femenino, da lugar a que las excitaciones se manifiesten sin interrupción. No sucede como al hombre, en el que la descarga nerviosa y glandular produce un estado

de atonía más o menos duradero, sino que la lesbiana se muestra más anhelosa de deleites a cada espasmo, con la particularidad de que el siguiente suele ser más intenso que el anterior.

Una sáfica se muestra "razonable" en las dos o tres primeras descargas de una sesión; mas a partir de este número es cuando el impulso adquiere más fuerza, el sentimentalismo acaba de atrofiarse, y la animalidad surge en toda su potencia incontenible, hasta llegar al final, que suele alcanzarse al cabo de dos horas y media o tres horas.

Por lo general, estos actos no van acompañados de ningún pensamiento o fantasma erótico, sino que la imaginación se centra en el hecho palpable y sin que desempeñe ningún papel la personalidad de la compañera que promueve el deleite. Todavía la masturbación, en muchos casos, es más espiritual o menos egoísta, porque casi siempre hay un fantasma, sea hombre o mujer, a quien dedicar el pensamiento en los instantes eróticos; es decir, que ya se observa cierta asociación de los elementos psicofísicos. Estas son, en resumen, las diferencias existentes entre la homosexualidad y la perversión, o sea el vicio lésbico, modalidades que se confunden con mucha frecuencia aun por los observadores que pretenden estar bien informados, hecho que no tiene nada de extraño en vista de las enormes dificultades que muchas veces se presentan para delimitar exactamente dos campos que ofrecen aspectos muy comunes, ya que el hábito suele determinar el nacimiento de afectos que no existieron al principio de las relaciones, en cuyo caso, si existe repugnancia a los actos heterosexuales, ya puede decirse que se trata de la inversión adquirida, de la que, por otra parte, la mujer se libra siempre con tanta mayor facilidad cuanto más firmes sean sus facultades volitivas.

El safismo activo es casi siempre profesional, aunque en muchas ocasiones se practica en esperanza de la reciprocidad y en otras por constituir un método eficiente de autoexcitación, que, en mujeres de temperamento muy nervioso, basta para ocasionar el orgasmo varias veces repetido. En estas mujeres, el vicio no presenta los mismos caracteres de crudeza que en las sáficas pasivas, ya que se parece más bien a una fórmula del autoerotismo, en virtud de los recursos imaginativos que la mujer pone a contribución, en cuyo caso nunca reclama la reciprocidad. Algunos autores han pretendido demostrar que una sáfica activa experimenta el orgasmo a consecuencia del sabor y el olor de las secreciones vulvovaginales

de la safizada, las cuales tienen la propiedad de excitar los nervios olfativos y gustativos correspondientes a la red nerviosa sexual. Por muchas investigaciones que he realizado en este sentido, no me ha sido posible conceder ninguna verosimilitud a tales afirmaciones, persuadiéndome, en cambio, de que la excitación no se produce en virtud de otros mecanismos que los puramente cerebrales o imaginativos, si bien es necesario asegurar que casi siempre se trata de mujeres ligeramente invertidas y casi siempre neuróticas.

La sáfica, en infinitos casos, no se diferencia en nada de la mujer heterosexual que practica relaciones normales. Especialmente las que desempeñan los papeles pasivos en estas comedias de amor, son tan femeninas, que su actitud ante una mujer es idéntica a la que adoptarían cara a cara con un hombre.

Estas lesbianas, que un observador poco sagaz pudiera confundir con las naturalmente frígidas, suelen ser de temperamento ardiente y de gran capacidad erótica; son las supuestas "insensibles", que causan la desesperación de los amantes hábiles, ya pertenezcan a un sexo o a otro. Desde el punto de vista psicológico, su papel es siempre pasivo, sometiéndose, sin despegar los labios ni hacer un gesto, por insignificante que sea, de aprobación o de repulsa ante los actos que se realicen con ella. Son las insaciables e insatisfechas, porque sus deseos son más cerebrales que reales.

En cambio, contra lo que pudiera creerse, si es cierto que son las más ardientes, puede asegurarse que son también las menos viciosas, porque su lujuria es principalmente intelectual. Rara vez se encuentra una sentimental en esta variedad tan extraña; es un ser particularmente egoísta y débil, "magnífico instrumento de placer, como dice un autor, para la mujer únicamente sensual, que hace de ella todo lo que quiere hacer". Watson, refiriéndose a este tipo, asegura que es la criatura menos simpática que existe y por la que no es posible sentir la menor indulgencia. No es una invertida, es decir, un ser a quien el temperamento la impulse irresistiblemente a salirse de las vías naturales; los móviles que la animan son siempre tan mezquinos como repugnantes.

En contraste con estas lesbianas existen otras: las sentimentales. De éstas puede decirse que constituyen la *crème* de la perversión femenina. Son, si cabe, más intelectuales que las anteriores, pero nada egoístas y menos ardientes también. Por lo general, adoptan la actitud pasiva, pero sus *partenaires*, de las que se enamoran más por su talento que por su belleza, ni han de ser violentas ni gro-



EL ARTE LÉSBICO

La perversión sexual de la mujer adopta modalidades públicas en estas exhibiciones, en las que el disfraz del arte encubre los vicios más groseros.

LAMINA III



MUJER DE GUINEA

Cuando la niña tiene seis años de edad, la madre safiza a la pequeña con objeto de «hacerla el sexo», o sea hacerla conocer las sensaciones eróticas. (Foto Lerat, París.)

LAMINA IV

seras, sino calmosas y delicadas. Entre las más destacadas figuras del cinema, esta modalidad es muy frecuente, encontrándosela también en el teatro y en todas las sociedades de mujeres inteligentes dedicadas a una rama cualquiera del arte. Se las llama sentimentales, porque el safismo o el tribadismo no es siempre la finalidad esencial, sino que más bien es la admiración que inspiran a la que desarrolla el papel activo, que se somete agradecida a este homenaje. En sus juegos eróticos, la excitación preliminar ocurre ante la declamación de una poesía, la ejecución de una pieza musical o la interpretación de una danza lúbrica o sencillamente estética que una interpreta en honor de la otra. Es muy frecuente que estas escenas no tengan otro final que los besos y las caricias prodigadas en todas las partes del cuerpo, pero sin llegar a los contactos más excitantes, por los que a veces ambas mujeres sienten verdadera repugnancia.

Muchos autores se han empeñado en estériles discusiones, tratando de afirmar o negar la incompatibilidad del lesbianismo con el amor natural, sin atenerse al detalle importantísimo de las raíces de estos hechos ni diferenciar de antemano si obedecen al vicio o a la inversión.

Lo mismo en el hombre que en la mujer, cuando la inclinación hacia los individuos de su propio sexo es congénita o adquirida, toda clase de relación heterosexual ha de resultar siempre repugnante. La mujer invertida de gustos, instintos e impulsiones netamente masculinos, nunca podrá desarrollar el papel de amante o de esposa, ni de novia siquiera. Para estas mujeres, completamente desviadas de las rutas normales de la sexualidad, el acto natural, practicado con un hombre, ha de ser siempre penoso, repulsivo y humillante, porque no es sólo el cuerpo lo que se opone, sino también el alma. A pesar de toda la buena voluntad que ponga en la empresa, en virtud de su actitud pasiva, que ahora será de repulsión, jamás podrá conseguir el menor deleite: es lo mismo que si a un hombre perfectamente equilibrado se le impusiese una intimidad semejante con otro hombre bajo la amenaza de una pena grave.

Claro es que a la homosexual no se la amenaza; pero, ¿es poco sufrimiento el que implica la lucha de la inteligencia con el propio instinto, mucho más fuerte que aquélla? Muchas mujeres homosexuales que se casaron esperanzadas en que la intimidad de un hombre por el que sentían viva simpatía, comprueban en la primera noche de bodas que ni su alma si su sexo aceptan aquella tremenda intimidad de un hombre, del que sexualmente están separadas por

un ancho abismo sin fondo. Si, en un alarde de voluntad, de verdadera repugnancia de sí mismas, se obstinan en sobreponerse a la anomalía, sus nervios, su temperamento y su corazón quedan tan profundamente afectados que la salud en general se resiente bien pronto de la ruda prueba irrealizable.

Así, pues, nada más fácil de afirmar que la incompatibilidad de la inversión con el amor normal.

Y llegamos al aspecto más importante de la cuestión psicológica, afirmando que el "lesbianismo", que no puede confundirse con la inversión, puesto que ya sabemos que la prosperidad de Lesbos se debió esencialmente al abandono en que los griegos tenían a sus esposas, lejos de ser incompatible con el amor normal, no es más que el resultado de la falta de métodos normales de satisfacción, ya sea debido a la ausencia del hombre, a la influencia moral, al temor del embarazo o a otra circunstancia análoga, represora de las tendencias sexuales legítimas.

Hemos dicho que hay lesbianas y safistas que durante sus transportes viciosos dan pruebas de un egoísmo y una brutalidad sin límites. Pues bien; en infinitos casos, sin necesidad de más detalles, yo me atrevería a asegurar que las mujeres que así se comportan practican todos esos excesos haciéndose la ilusión de que lo que hacen es lo que desearían que hiciese con ellas un hombre.

El tribadismo es el acto más parecido, psíquica y físicamente, al contacto normal; el safismo, cuyas excitaciones son más enérgicas y finas, es lo que la mujer "cree" que más se aproxima al deleite producido por el hombre mediante la intromisión peniana. Con estos importantes datos, que ningún autor se ha tomado la molestia de considerar en su valor, podemos reconstruir el temperamento de la tribada y la sáfica, diciendo que la primera es menos ardiente que la segunda y más normal también.

No puede dudarse por un momento que lo que ambas mujeres hacen es sustituir al marido o al amante, y, en el caso de que los posean, el vicio no es más que la compensación de los deleites que no obtienen en el lecho conyugal, ya sea por egoísmo del hombre, por su crueldad, por su pedantería o por su impotencia. De aquí que una mujer pueda ser lésbica a la vez que buena esposa y fiel amante, incapaz de traicionar a su marido con otro hombre. Yo me atrevo a afirmar que hay un gran número de matrimonios en los que la comunión espiritual de los cónyuges se mantiene en virtud del equilibrio erótico que se encuentra fuera del lecho matrimonial: el amor del alma queda para el esposo o la esposa, pero la fiebre de la carne sólo puede saciarse con el amante; esto explica suficientemente la razón de ciertos egoísmos.

Otra prueba de la heterosexualidad de la lesbiana consiste en la preferencia que muchas muestran por aquellos actos que más se aproximan al amor natural, y esto, refiriéndonos a la pasiva, o sea la que adopta la misma actitud que si se hallase con un hombre. La activa suele emplear un artificio cualquiera que imita al miembro viril, y a veces se disfraza con ciertos atributos masculinos, como ropas, bigote y barba, cabello aplastado, vello en el pecho, etcétera, lo que exige la pasiva para mejor completar la ilusión de que es poseída por un hombre. Estos aparatos, que hoy se construyen con la máxima perfección, se conocen en todas partes y desde los tiempos más remotos, como tendremos ocasión de ver en otro volumen ya citado. En la Biblioteca Nacional de Francia hay unos curiosos manuscritos del siglo VI que hablan de cierta princesa, la cual no se contentaba con una sensación a la vez en sus deseos eróticos. Ella misma inventó un aparato que se colocaba una amiga o servidora complaciente, el cual ejercía excitaciones internas en la vagina y en el ano y en el clítoris.

Bien es verdad que cuando una mujer llega hasta estos extremos en la busca monstruosa del placer ya no es posible decir que se trate de un hecho relativamente normal de sustitución de los procedimientos naturales, puesto que todo su ser queda esclavizado a esta brutal pasión de los sentidos. Todo se subordina al placer, que es la esencia de su vida y el único fin de su exsitencia; amistades, afecciones, deberes; todo desaparece y no queda más que la obsesión del placer carnal, que siempre es seguida de esa terrible neurosis de la ninfomanía, de que ya hemos hablado en otros volúmenes.

En el lesbianismo caben otras subdivisiones aberrantes indescriptibles. Muchas lesbianas huyen al contacto natural por temor a un embarazo o también por verdadero horror a la brutalidad del hombre, experimentada en alguna ocasión, pero sin renunciar por ello a su heterosexualidad biológica. Dice un autor americano que ha conocido varios casos de mujeres que sólo experimentaban el orgasmo ante la vista de una imitación perfecta del miembro viril, y otras que conseguían el mismo fin introduciéndose ese objeto en la boca mientras que su amiga practicaba con ella caricias sáficas. Cita el caso de una señorita de buena familia, la cual activaba sus sensa-

ciones haciendo que sus amigas se llenasen la boca de coñac y se lo vertiesen en la cavidad vaginal, obligándolas después a practicar la succión de la vulva y el clítoris. Está comprobado que el alcohol produce en las mucosas vulvovaginales una sensación de calor que aumenta las sensaciones voluptuosas. Pero lo que no dice el autor es que estos manejos dan siempre lugar a irritaciones y escoriaciones graves, ocasionando también una especie de embotamiento o anestesia de la mucosa sensible a las excitaciones, lo que suele determinar la insensibilización prolongada de esos focos de voluptuosidad.

Es imposible, y además innecesario, extendernos en estos detalles, porque incurriríamos en la más sucia pornografía. Condenamos en absoluto el amor lésbico por lo que tiene de perverso y vicioso, tanto como es necesario disculpar la homosexualidad, que ya tiene unas razones y bases completamente naturales. No obstante, en la inmensa mayoría de los casos no es posible basar la afirmación de que el lesbianismo conduce fatalmente a la destrucción de la raza, como han dicho muchos autores, sin duda porque han confundido la perversión con la inversión; pero, a pesar de todo, la lésbica, es decir, la viciosa, merece la atención de los clínicos y de la sociedad, puesto que, por lo general, se trata de mujeres normales, incapacitadas por la moral, por el respeto que se tienen a sí mismas y a las tradiciones, para poder manifestar sus sentimientos sexuales en la forma lícita que prescriben la biología y las leyes naturales.

Todos los casos de lesbianismo, incluso los más graves, pueden ser curados sin necesidad de adoptar graves medidas. Los principios esenciales de este método se limitan, en primer lugar, a establecer la separación de los cómplices, en la distracción, en las ocupaciones físicas o intelectuales y en realizar un brusco cambio de la existencia de la viciosa. Ya hemos visto que la determinante esencial de esas perversiones, desde el principio hasta el fin, no es más que la falta de los medios naturales.

LAS GRANDES PASIONES DE LAS TRIBADAS

Diferencias notables entre los dos aspectos.—Semejanza del tribadismo con el amor natural.—Actitud de la viciosa respecto de su compañera.—La imagen del hombre.—La violencia del impulso, como resultado de la insatisfacción sexual.—Pérdida del sentido moral.—Resultados del tribadismo.—La anestesia clitoridiana.—Suicidio y homicidio.—Las sensaciones no son más intensas.—Divisiones del lesbianismo.—La participación del hombre.

Lo mismo que en la homosexualidad, en el lesbianismo se observa muchas veces la existencia de grandes pasiones, que conducen a todas las aberraciones, a todos los crímenes y a las más extrañas locuras. No obstante, tratándose de dos modalidades distintas de la sexualidad antinatural, los caracteres psíquicos también se diferencian extraordinariamente. Las pasiones de los homosexuales son las mismas que en los heterosexuales: son más del espíritu que de la materia, porque el amor, la inclinación del alma, la afección noblemente sentimental, suele ser la determinante alrededor de la cual giran todas las variaciones psicofísicas de la sensualidad.

En el lesbianismo no sucede así: a la lésbica o la tribada—seguimos aceptando la base de perversión o vicio, como punto de partida—no la importan nada los padecimientos, las inquietudes o los anhelos de su compañera, ni tampoco muestra por ella el menor interés sentimental; para ella no es más que un objeto perfectamente educado para satisfacerla, una cosa mecánica, que no tiene alma, ni siquiera traza de sér humano; lo mismo que se serviría de un perro o de un asno, con tal de que esos animales pudiesen interpretar exactamente todos sus deseos y caprichos.

Así, pues, la *liaison* es exclusivamente cerebral, solamente de los sentidos. Una homosexual auténtica es capaz de matarse si la aban-

dona su amante; una tribada mata a su amiga en el mismo caso, pero no porque se entregue a otra mujer, sino solamente porque no puede renunciar al objeto de su pasión. Es el caso típico de la reacción ante el derecho de propiedad violado.

En aquellas pasiones del amor verdadero, es decir, cuando el espíritu es la base esencial de los hechos centrales—seguimos hablando de la homosexualidad, aunque en este aspecto es idéntica al amor normal—, la actitud pasional de los amantes está justificada más por el sentimentalismo que por lo material: en nombre del amor se han cometido muchas estupideces, pero también es cierto que ha inspirado los más grandes heroísmos. Cuando esa espiritualidad falta; cuando la pureza de los sentimiento no existe; en una palabra, cuando es sólo el materialismo la cadena que ata a una pareja de viciosas o pervertidas, elevando esta miseria moral al terreno severo de la clínica, no queda más remedio que pensar en que estas depravaciones fueron producidas por lesiones mentales o hereditarias.

Por otra parte, cuando se identifican los placeres materiales con los deleites psíquicos; es decir, cuando se llega a la suma total del amor perfecto, es posible encontrar cierta justificación para todos los extravíos y para muchos actos bestiales; pero si el elemento espiritual está siempre ausente, no siendo posible invocar la anormalidad, el trastorno nervioso o la lesión cerebral, como queramos llamarlo, el amor lésbico no es posible que satisfaga nunca a una mujer de salud perfecta, ni en el aspecto físico ni en el moral tampoco.

En el tribadismo, más que en el safismo, es posible encontrar una semejanza relativa con el contacto normal, que es lo que demanda siempre la lesbiana pasiva. La que hace el papel de macho, por regla general, es una invertida; pero comoquiera que su *partenaire* busca siempre los máximos elementos de masculinidad en la conducta, en la energía y hasta en el disfraz de su compañera, no tarda en habituarse a esos deleites en forma tal que, a no ser aquella amiga, no habrá otra que pueda transportarla hasta los mismos deleites, como no fuese un hombre. De aquí surge la pasión arrolladora que no puede sustituirse, porque en la mentalidad extraña de la tribada todas las ambiciones se centran en la sensualidad, por un lado, y, lo que es muy importante, como razón psicológica, en la convicción irreductible de que sus vicios han de mantenerse en el secreto más absoluto, ya que esas desviaciones del instinto, muestra evidente de hipocresía, revelarían, de ser conocidas, su verdadera personalidad, completamente opuesta al medio moral en que ha de

desenvolverse para mantener su rango de mujer honesta y el orgullo severo de su falsa dignidad.

En algunos casos en los que ha intervenido la Policía se trata de dos mujeres de las cuales una, la activa, es una prostituta casi siempre, que aparenta servir de doncella, de dama de compañía o cosa parecida, que a la vez tiene relaciones con hombres. El doctor Moll dice que estos "líos" se observan frecuentemente entre los artistas y las empleadas de los hoteles.

En París existen casas de prostitución en las que la clientela es únicamente femenina. Estas casas, según un buen conocedor de las costumbres parisinas, son bien conocidas de las mundanas que van a experimentar los deleites del safismo pasivo, "pagando su entrada como los hombres". Durante las caricias, la pervertida guarda la actitud que observaría con un hombre al que pudiese dominar, pero exigiendo de ella actos que no osaría pedirle a un hombre por el que siempre siente respeto. Exige estas caricias—a veces terriblemente repugnantes—porque, para ella, la mujer que finge ser hombre se la ofrece como un ser insexuado y despreciable por ser capaz de cometer tales actos.

Ahora bien; a pesar de esta disposición o de esta doble moral tan extraña e ilógica, la lesbiana pasiva piensa que el mundo empieza y acaba en su compañera. En contraste, nada le importará que prodigue a otras mujeres las mismas caricias o que se someta a los caprichos más depravados de los hombres.

Queriendo ver en su compañera a un hombre, quiere que la trate como si lo fuese en realidad; su vanidad femenina es incontenible; gusta siempre de que la alabe la perfección de su cuerpo, la gracia de su rostro, la delicadeza de su feminidad. Por un fenómeno de autosugestión, en los momentos de máxima voluptuosidad no ve en ella más que al hombre anhelado o al que se imagina que la adora; son las mismas frases ardientes, los mismos pudores, la misma actitud que adoptaría con el hombre. Es una especie de locura que la lleva a sentir celos y a experimentar las mismas pasiones naturales del amor verdadero. En tales instantes, si la activa replica, si sigue la farsa en el sentido de contrariar la disposición de su amiga, ésta puede cometer las mayores atrocidades o fingir las caricias más lúbricas.

Cuanto más viva sea la ilusión, más fuertes serán esos delirios pasionales. A veces, no puede experimentarse el orgasmo sin recurrir al sadismo o al masoquismo, cuya modalidad de la flagelación es

siempre la más frecuente, si bien en estos casos la neurosis ocupa un lugar preferente como determinante de tan atroces anomalías.

En muchas mujeres lésbicas, ya sean activas o pasivas, estos delirios pasionales pueden durar tanto tiempo como se prolongue el período de excitación sexual de la que lleve la dirección de la comedia. Hay épocas y días durante los cuales la exaltación del impulso adquiere su grado máximo. Las relaciones que atan a ambas mujeres siguen siendo puramente sensuales; pero, en virtud de ese raro fenómeno que pudiéramos llamar "intoxicación erótica" parece que están ebrias, como locas, igual que posesas de una repentina furia ninfomaníaca, que, en ocasiones, da lugar a la pérdida absoluta del sentido moral, de los afectos más puros y de las convicciones más fuertemente arraigadas.

Estos períodos coinciden siempre con la época premenstrual e incluso con los ciclos anuales del celo animal. Esta verdadera excitación, más nerviosa que sexual, es el resultado de pobreza de las sensaciones eróticas, que resultan insuficientes para la capacidad y el anhelo instintivo.

El excedente de la impulsividad, que no puede ser eliminado por las caricias lésbicas adquiere unos caracteres de extremada violencia. que, en ocasiones, da lugar a la comisión de verdaderos delitos Yo he conocido a una mujer muy religiosa, perteneciente a una distinguida familia, la cual se hacía safizar por una sirvienta menor que ella. La obligaba a practicar las maniobras y caricias más repugnantes; pero como, a pesar de todo, no alcanzaba todo el deleite que creía haber experimentado en otras ocasiones, llegaba al extremo de golpearla, insultándola groseramente. En una ocasión la sujetó la cabeza contra sus partes sexuales con tan violencia, que la muchacha demandó auxilio a grandes voces, acudiendo otro de los servidores, enamorado de la muchacha en cuestión, el cual golpeó a la viciosa, produciéndola lesiones de importancia. El médico que la asistió puso el hecho en conocimiento del Juzgado, y así es cómo se pudo venir en conocimiento de la verdadera moral de aquella supuesta respetable dama.

Algunos tratadistas han observado la frecuencia de los delitos femeninos en determinadas épocas del año, muy especialmente en aquellas mujeres de condición social inferior e incluso de prostitutas. Entre estas últimas, especialmente en las que están sometidas a prisión, la homosexualidad auténtica es más rara que la perversión, aunque haya pretendido demostrarse lo contrario. Aun tratándose de heterosexuales, cuando, por cualquier causa, no las es posible lograr la satisfacción natural en un día determinado o en un momento, que lo mismo puede ser de horas que de minutos, la pasión de una prostituta alcanza proporciones inconcebibles. Un amigo me refirió el caso de dos mujeres, pupilas de un burdel en Génova (Italia), que fueron detenidas por practicar actos altamente inmorales en plena vía pública.

Ambas manifestaron que habían salido de paseo, sin que durante toda la tarde experimentasen el menor deseo sexual. Tomaron asiento en el banco de una avenida bastante frecuentada, y cuando se encendieron las luces una solicitó a la otra para realizar con ella caricias tribádicas. El hecho de resistirse la solicitada, en consideración al lugar donde se hallaban, excitó más los deseos de su compañera, la cual la derribó tras unos arbustos de escasa espesura, donde tuvo lugar el acto.

A preguntas que a ambas hizo el comisario de Policía, contestaron que no se podían explicar cómo pudo ocurrir aquello, aunque la que desempeñó el papel activo confesó "que hubiera dado hasta la vida por acariciar en tales momentos a su compañera, por lo que aceptaba con satisfacción el castigo que se la impusiese". Aunque esta mujer presentaba ciertas características de masculinidad, los informes obtenidos en las casas de prostitución donde había estado coincidían en asegurar que nunca se observaron en ellas tendencias homosexuales que sobrepasasen los límites de lo que es costumbre entre estas mujeres, que a veces practican el tribadismo como mera curiosidad o pasatiempo. Reproducimos la fotografía de las dos mujeres, en la que es fácil advertir, en la de la derecha, esas características viriles que inducen a pensar en la homosexualidad. (Lámina I.)

En una cárcel de mujeres de Francia, una reclusa produjo a otra lesiones graves en la pared vaginal y fondo posterior en un acceso de pasión tribádica. Las dos estaban condenadas por robo, y aunque la herida era prostituta, nunca tuvo relaciones homosexuales. La otra estaba casada y tampoco se la conocían antecedentes lésbicos, si bien era de temperamento muy ardiente. Las heridas se las produjo por haberla introducido, con su consentimiento, un cilindro de madera de cerca de cuatro centímetros de diámetro.

Un suceso apasionó mucho a la opinión de cierta ciudad española, fué el siguiente: Una tarde de verano, durante la siesta, la vecindad de una casa de prostitución se sintió atraída por las voces

y gritos de auxilio que una mujer demandaba en el prostíbulo de referencia. Como el hecho tenía lugar en una de las habitaciones del piso bajo, es escándalo se percibía claramente desde la calle, que ya había sido invadida por los curiosos, mientras una pareja de agentes de la autoridad se enteraba de lo que había ocurrido en la casa. Fué que un individuo, muy conocido en la localidad, había tenido noticias de que su esposa se entrevistaba con una de las pupilas, la cual había estado a su servicio unos meses antes. El marido "traicionado" de esta forma, sorprendió a las dos mujeres en una actitud poco correcta, emprendiéndola a golpes con ambas y dando con tal energía, que su viciosa compañera resultó con la clavícula derecha fracturada. Esta señora, que gozaba del aprecio general entre sus amistades, era madre de tres hijos, el menor de doce años. Por desavenencias del matrimonio, hacía cuatro que no tenía relaciones íntimas con su esposo, por lo que resolvió utilizar los servicios de su antigua doncella, con la que llevaba liada hacía cerca de un año.

Por el contrario, se conocen casos de muchos maridos que, lejos de condenar estos vicios homosexuales de sus esposas, los fomentan y aplauden con tal de poder presenciar las escenas lésbicas, que les sirven de excitantes para su sexualidad en decadencia. Acerca de esta perversión mixoscópica ya hemos hablado en otro volumen, por lo que huelga decir que la degeneración de esos maridos es casi siempre el origen de la perversión de las mujeres, e incluso servirlas de objetos activos de sus pasiones inconfesables.

Se refiere el caso de un impotente cuya mujer tenía verdadero horror al embarazo. La impotencia de este individuo era más bien indiferencia ante el acto natural; pero, en cambio, se excitaba hasta conseguir el orgasmo accediendo a practicar los manejos que su mujer le reclamaba.

En una ocasión el hombre empleó un pene postizo, hecho de madera; pero debió emplearlo con tan brutal violencia, que, en uno de los accesos pasionales, en que la mujer reclamaba la máxima energía, resultó con una grave herida en el cuerpo uterino que la tuvo a las puertas de la muerte. No estaba aún bien curada de la lesión, cuando de nuevo quiso practicar el mismo acto, pretextando que no podía resistir por más tiempo una abstinencia de dos meses. Como el marido se negase a complacerla, en atención a lo delicado de su salud, ella tomó el miembro artificial, e introduciéndoselo violentamente en la vagina se produjo una peritonitis mortal.

El resultado de estas brutales pasiones tribádicas suele ser trastornos psíquicos y funcionales, de bastante gravedad en la mayoría de los casos. Los primeros trastornos fisiológicos que experimentan las tribadas que usan aparatos sustitutivos del miembro viril son las metritis por balística, es decir, las lesiones causadas en el cuello de la matriz, en virtud de los traumatismos ocasionados por esa imitación de pene.

En el tribadismo más que en el safismo es donde con más facilidad se producen heridas e infecciones de tipo blenorrágico, cuando las mujeres, a más de ser viciosas, son poco amigas de la higiene íntima de sus genitales, cuyo contacto estiman pecaminoso; la deformación del sentido moral llega muchas veces a estos curiosos extremos.

La violencia de los roces ejercidos sobre los grandes labios ocasiona vulvitis traumáticas muy acentuadas, que no siempre tienen fácil curación, sobre todo si estas pequeñas lesiones del órgano hipertrofiado sirven de asiento a una infección cualquiera.

El safismo continuado, que es la modalidad preferida por estas viciosas pasionales, produce casi siempre un desarrollo exagerado del órgano clitoridiano, que, al quedar al descubierto, porque el prepucio no se desarrolla consecutivamente, sufre una notable disminución de la sensibilidad, llegando incluso a la pérdida absoluta de la facultad de percepción de los roces o presiones excitadoras. Una mujer en estas condiciones, al experimentar la atrofia del principal foco de la voluptuosidad, queda condenada por mucho tiempo a una insensibilidad completa de aquella parte. Entonces es cuando recurre a los mecanismos excitadores de los nervios vaginales, en cuyo caso los mecanismos del roce tienen que ser enérgicos y profundos para producir alguna sensación.

Una mujer que llegó a este estado lamentable—era casada—, tenía por amante activa a una homosexual típica, que cobraba sus servicios como pudiera hacerlo un "chulo". El procedimiento de que se valía para excitar a su amiga consistía en morderla vigorosamente las partes sexuales. La pasiva consiguió por este procedimiento experimentar de nuevo las sensaciones que antes logró; pero, cansada la homosexual de su oficio, la abandonó al poco tiempo de haber recobrado la facultad anhelada. Este abandono la sumió en un estado de verdadera desesperación, que preocupó al marido, el cual recibió la confesión leal de todo lo sucedido. En un principio condenó acremente su conducta; pero como viese que aquel malestar

no tenía solución, presentó la demanda de divorcio, consiguiendo la separación al poco tiempo, no sin indemnizarla con largueza. Con este dinero la viciosa fué a buscar a su antigua amiga, con la que vivió hasta que se acabaron todos los recursos, lo que dió lugar a que la homosexual volviese a abandonarla. La pervertida no pudo resignarse con su suerte, y, a los dos o tres días, se suicidó injiriendo una fuerte dosis de veronal. En la autopsia no se comprobó la existencia de ninguna lesión cerebral, ni tampoco pudo aducirse la razón de cualquier antecedente neuropático para justificar aquella pasión arrolladora que la llevó a la muerte.

Los casos de suicidio son mucho más raros que los de homicidio. En uno parecido al que queda relatado se trataba de una señora parisina, bella mujer, esposa de un empleado judicial. Su amiga activa era también casada, y su posición social bastante inferior. Como tuvieran dificultades para entrevistarse, la lesbiana resolvió pasar una temporada al lado de su amiga, diciendo a su marido que se iba unos meses con su familia, residente en una ciudad española de la frontera francesa.

Lo que hizo, en realidad, fué entrar como doncella en casa de la amiga, sometiéndose a duros trabajos domésticos, a que no estaba acostumbrada, con tal de permanecer cerca de la amante. Mes y medio duró la comedia, hasta que el marido de la supuesta criada vino en conocimiento de que su mujer no había abandonado París. Suponiendo cuál pudiera ser la causa de su conducta, no tuvo reparo en poner en antecedentes de sus sospechas al marido de la otra, el cual logró sorprenderlas safizándose mutuamente. Los dos hombres se pusieron de acuerdo, comprobando que ninguno servía para satisfacer a su respectiva señora, según ambas declararon ante el juez en los primeros trámites del divorcio, que los dos matrimonios presentaron con consentimiento mutuo.

Las dos mujeres siguieron volviendo unidas en una casa propiedad de la mujer del empleado judicial; pero como siempre estaban en continua desavenencia, resolvieron separarse. La antigua señora de la supuesta doncella marchó a un pueblo de Bretaña, donde encontró un modesto empleo; pero la otra logró dar con su paradero, no cesando de solicitarla para reanudar las interrumpidas relaciones. Como se obstinase en hacer una vida más honesta, pues había proyectado contraer nuevo matrimonio, su perseguidora no encontró inconveniente en ello, prestándose a servirla otra vez de criada, con el fin de ocultar mejor sus relaciones. Así sucedió,

en efecto; pero un día, que la fingida servidora sorprendió a su amante con otra mujer en una actitud sospechosa, en un momento de desesperación y de celos la asestó una cuchillada en el vientre que la produjo la muete a los pocos instantes. Cuando fué detenida no opuso la menor resistencia, manifestando que la había matado porque no pudo permitir que aquella "repugnante mujer, a la que odiaba moralmente, la hubiese humillado con una campesina zafia y sin ningún refinamiento".

Cumplió doce años de presidio, porque su comportamiento en la prisión fué inmejorable, no conociéndosela durante todo ese tiempo la menor relación homosexual con las otras reclusas. A poco de salir de la cárcel se unió maritalmente con un comerciante, portándose como una mujer perfectamente normal, desde el punto de vista de la sexualidad.

Ante estos casos, verdaderamente extraordinarios, no cabe pensar en la existencia de la homosexualidad específica, si bien no debemos dejar de tener en cuenta que la actitud de la mujer se adapta a todas las variaciones mejor que la del hombre. No obstante, una pasión que lleva hasta el crimen sin que se advierta el menor rasgo de espiritualidad parece que ha de ser más que suficiente para no dudar de la inversión, bien congénita o bien adquirida; pero, por otra parte, tampoco hay duda de que la homosexualidad no se desarraiga nunca tan fácilmente hasta el extremo de que el individuo se olvide en absoluto o prescinda por completo de todo su pasado de inversión o de perversión, como parece ser que ocurrió en el caso mencionado.

Se ha discutido mucho acerca de si el motivo de estos extremos estará en el hecho de que las relaciones de las tribadas o safistas sean más ricas en emociones eróticas que las que se encuentran en el amor normal. A nuestro juicio, la discusión es completamente vana, ya que si falta el elemento sentimental, primer motivo del verdadero amor, que, en muchos casos, justifica determinados excesos pasionales, los placeres materiales solamente tienen que ser, como son, efímeros y poco firmes, esto es, sustitutivos circunstanciales, que nunca acaban en la satisfacción duradera.

De aquí que la lesbiana experimente esa sed constante de deleites, que mitiga a sorbos reducidos; vulgarizando la expresión, pudiéramos decir que su afán estriba en conseguir un mucho por medio de muchos pocos, aunque, en realidad, nunca son bastantes para colmar la medida de sus anhelos.

La pasión de la lesbiana se explica tan fácilmente como el odio que después la inspira su *partenaire;* esa pasión está justificada por el deseo, por la ilusión de lograr el máximo goce; luego el odio, esa verdadera aversión que experimenta más tarde, no es más que un reproche, una desilusión, la conciencia de su fracaso sensual, del que nunca se cree responsable, sino que siempre se lo atribuye a la amiga, a su falta de habilidad, de ardor o de entusiasmo.

Las formas en que este entusiasmo debe manifestarse para que la lesbiana complete su ilusión suelen ser muy variables. Watson cree que deben dividirse en cuatro grupos generales, y esto en lo que se refiere al sentido del oído. En el primer grupo, dice que los excesos del placer se traducen por palabras que reflejan un terror exagerado, por súplicas que se refiren a un sufrimiento imaginario. Las pasivas imploran piedad, suplican de sus amigas que cesen en aquellos actos que las martirizan; pero lo piden sólo con las palabras y nunca con el alma. Una tribada confesaba en cierta ocasión, a una mujer médica que sus sentimientos no eran los que reflejaban sus palabras. Refiriéndose a la amante, decía: "Es tan imbécil, que, cuando la suplico que suspenda el martirio a que me somete, interrumpe toda acción y me deja sumida en una angustia profunda". Otras veces puede sucedor que las frases sean sinceras, pero nada más que a medias; casi siempre se encuentran trazas de sadismo y detalles neuropáticos.

Según el citado autor, en el segundo grupo hay que incluir las mujeres en las cuales el erotismo se manifiesta por el deseo de pronunciar palabras groseras y evocar imágenes obscenas en una letanía incoherente. Algunas repiten incesantemente una palabra, una frase indecente, que silabean, como si paladeasen un majar o un licor delicioso y picante. Otras, quieren que su amiga activa pronuncie esas palabras mientras finge la caricia varonil, lo que se observa más frecuentemente en las mujeres de las clases elevadas.

Una prostituta parisién, que era muy codiciada por las safistas y tribadas pasivas de la "élite", damas perfectamente educadas y tan morales que, nada menos que en un París, querían conservarse honradas esposas y castas amantes—esto parece un sueño, pero no lo es—; refiere que, en muchas mujeres que reclamaron sus servicios, pertenecientes a la aristocracia, casadas, madres de familia, pertenecientes incluso a sociedades represoras de la inmoralidad y de la blasfemia, escuchó palabrotas y expresiones que difícilmente pronunciaría sin ruborizarse el hombre más grosero. Sólo mediante estas palabras indecentes les era posible alcanzar el grado necesario de excitación, cometiendo después obscenidades que una prostituta normal no realizaría jamás sin revolucionársele el estómago. Esta modalidad de la blasfemia y del lenguaje licencioso es una de las mayores pasiones de las lesbianas pasivas, fenómeno que se advierte tanto más significativo cuanto mayor es el grado de educación y cultura de la viciosa. "Una de mis clientes—dice la prostituta a que aludimos—profería durante centenares de veces en los minutos que precedían al espasmo el nombre vulgar y grosero del miembro viril, aunque jamás consintió que me sirviese de la imitación perfecta que yo poseía de ese órgano, el que rehusaba con un pudor exento en absoluto de hipocresía, no gustando tampoco de ver ciertas fotografías en las que se reproducían momentos eróticos de una obscenidad aterradora."

El tercer grupo de viciosas comprende a aquellas cuyas exaltaciones pasionales adoptan una forma pueril; pronuncian palabras infantiles en voz mimosa y en balbuceos entrecortados, como si realmente volviesen a la edad de niñas, naciendo su placer del sentimiento de que son una cosita delicada, débil, menuda, sometidas a la voluntad, a los deseos y a los caprichos de un amante que las viola. Todas sus exclamaciones desbordan de ternura, repitiendo incesantemente confusas declaraciones de amor, de adoración, de deseos anhelantes y que denotan, en realidad, el carácter verdadero de sus sentimientos. Tales mujeres, dice Watson, obtienen el grado pasional gradual o bruscamente, según su naturaleza, unas veces mediante palabras tiernas y apasionadas y otras por expresiones groseras, pronunciadas por la amante activa, mientras ellas permanecen en silencio y como aterrorizadas ante tanta blasfemia. Es el masoquismo de la palabra, que ya estudiaremos con detenimiento en el volumen correspondiente. Por lo general, se trata del sadomasoquismo, es decir, por la reunión del placer que produce proferir palabrotas en la activa y el que experimenta la pasiva escuchándolas, y que en sujetos normales producirían dolor, según el volumen de la blasfemia o del insulto.

El cuarto grupo es el de las que gustan de las escenas dramáticas, de celos, de amenazas, de riñas, que empiezan por un motivo fútil y acaban a golpes, todo ello fingido. Se conoce la historia de un *menage a trois,* artistas de un cabaret de Montmartre, las cuales constituían una sociedad lésbica, en la que cada una era libre de actuar en la forma que quisiera. Una de ellas fué curada en un

dispensario de las "caricias" que la infirieron sus amigas durante uno de aquellos arrebatos pasionales, que siempre tenían lugar los días de descanso, en verano en el campo y en mal tiempo en un cuarto que pagaban las tres por partes iguales. En la época de los grandes calores es cuando más desarrollo alcanzan estas pequeñas sociedades lésbicas, formadas casi todas por mujeres casadas o con amantes que se muestran partidarias de las teorías de Malthus. (Lámina II.)

Hay otra variedad de viciosas sáficas heterosexuales, que sólo admiten a los hombres para la satisfacción de su erotismo, exigiéndoles toda clase de caricias repugnantes; pero esto ya entra de lleno en el campo de la patología, a no ser que se trate de mujeres que emplean todos los medios artificiales imaginables para evitar la fecundación. En este punto justo es reconocer la responsabilidad del hombre, que frecuentemente es el iniciador de tales prácticas antinaturales. En estos casos sucede lo mismo que en la masturbación clitoridiana; que la sensibilidad se centra en dicho órgano hasta el punto de que las excitaciones ejercidas sobre las demás zonas erógenas, especialmente la vagina, lejos de determinar sensaciones agradables, dan lugar a todo lo contrario.

Acerca de la participación del hombre en el safismo, un autor americano ha tenido la paciencia de realizar profundos estudios sirviéndose de confesiones secretas, solicitadas de numerosas personas de distintas clases sociales. Desde luego, no cabe duda que las maniobras lésbicas tienen la facultad de producir en todos los hombres, normales y degenerados, las más agudas excitaciones. Estos espectáculos se ofrecen con mucha frecuencia a los clientes de ciertos prostíbulos, individuos generalmente débiles desde el punto de vista del impulso sexual. Ciertos teatritos, de género ínfimo, se ven siempre llenos de un público heterosexual, ávido de presenciar los números más o menos artísticos que realizan las *vedettes,* que no son más que pervertidas o prostitutas disfrazadas con el nombre de artistas.

La pasión que muchas mujeres experimentan por las caricias sáficas sirve para demostrar la ausencia más completa del sentido psicológico y la presencia del elemento exclusivamente cerebral. En las que ya han experimentado los deleites normales, su inclinación hacia el lesbianismo suele ser fomentada por el marido, de una manera más o menos consciente. Un médico especialista en psicopatología sexual preguntó en una ocasión a una safista acerca de



PRINCESA DEL CAMERÓN

Sólo las jóvenes nobles tienen derecho a practicar el lesbianismo pasivo después de la pubertad, como método inofensivo de satisfacer el instinto sexual antes del matrimonio.

LAMINA V



ESCENA DEL HARÉN

Todos los vicios femeninos tienen en los harenes de los musulmanes una cabida lógica. Los esposos de estas mujeres toleran tales excesos sin experimentar celos de ninguna especie.

LAMINA VI

los placeres que encontraba con su amiga y que no podía hallar con su marido: "¿Qué es lo que hace usted con ella que no pueda hacer con él?" Y respondió: "Todo aquello que él cree que yo ignoro."

Pero esta respuesta no puede darla más que una insatisfecha o una viciosa, en cuyos casos el marido es casi siempre el culpable; en el primero es un inepto, y en el segundo un débil de voluntad, y, más comúnmente, un sér vanidoso, que confía demasiado en su ignorancia para basar en ella la de su mujer.

Esta cuestión se ha prestado también a discusiones de los observadores que han estudiado las condiciones en que se desenvuelve la vida sexual de las grandes ciudades. Se pretende saber si un hombre, deseoso de asegurarse la fidelidad de su mujer, debe esforzarse en mantenerla en un estado de relativa castidad, de impedirla el conocimiento de las distintas variedades de la lujuria, o bien, al contrario, si su habilidad ha de estribar en saber saturarla de todas las alegrías sensuales imaginables, a fin de que ella no sienta nunca el deseo de aprender fuera de la intimidad conyugal lo que allí no se la enseña. El caso es bastante difícil de resolver, si tenemos en cuenta las diferentes circunstancias que pueden concurrir en su determinación.

Aunque ya hemos hablado de esta cuestión al tratar de la gran importancia que tiene la erótica en el equilibrio conyugal, no está de más analizar estos elementos de la homosexualidad viciosa de la mujer. Según el citado doctor Watson, los detractores de la primera versión dicen: "El hombre se esforzará siempre en vano por tener a su esposa en la ignorancia, porque en torno de ella existirán detalles y enseñanzas; ella aprenderá fatalmente que los mediocres placeres que el marido la ofrece no son los únicos que pueden experimentarse. Y, más aún, cuando esos deleites lleguen a hacérsela familiares, más interés mostrará por conocer otros, atraída por lo desconocido, tentada por lo prohibido también. Tratar a la mujer a base de la ocultación de las caricias a que tiene derecho es el medio más seguro para inducirla a caer en otros brazos que la revelen el paraíso que el marido la rehusa, procurando siempre no comprometer su dignidad ni su nombre, lo que se logra fácilmente por medio de otra mujer."

Los que desaconsejan la segunda parte opinan de esta manera: "Forzar a la mujer a abandonar su carácter habitualmente frío, acostumbrarla a las embriagueces y lujurias de todo género es una

verdadera locura, porque nunca un hombre está seguro de que podrá en toda hora satisfacer las necesidades sexuales que en ella ha creado. Despertar sus sentidos, afinar su sensualidad, equivale a precipitarla fatalmente en el camino de nuevas alegrías y deleites más agudos, buscándose compañeras, en las que nunca hay peligros de embarazo ni verdaderos adulterios que pugnen con la conciencia."

Como vemos, la discusión no puede dilucidar completamente el caso, a no ser que digamos que la verdadera virtud nunca estuvo en los extremos, sino en el término medio. La solución que podemos encontrar, bastante elemental por cierto, y que "tampoco nos dice nada", sería decir que, para ciertas naturalezas femeninas, el sistema de castidad sistemática, la conservación de un pudor y de una austeridad exageradas, la mantendrán siempre dentro de los límites que nunca intentará franquear. Pero el mismo procedimiento, aplicado a un espíritu más independiente, más curioso, en el que los sentidos estén más poderosamente desarrollados, producirá siempre el resultado inverso: la mujer, encerrada en su virtud, no tendrá otro pensamiento que el de saltar el muro que la separa del campo en que ansía experimentar el desarrollo de sus instintos.

Claro es que cuando el marido es hábil iniciador y el temperamento de ella no sobrepasa los límites naturales, impuestos por la educación, la moral y los sentimientos, no hay nada que temer; pero si en la esposa existe una cerebralidad más activa, una predisposición más neta hacia la voluptuosidad, como dice un autor, "es seguro que las enseñanzas del marido serán la llave del gran libro, en el que ella querrá hojear, si bien no todas las páginas, al menos un gran número de capítulos".

No es posible, pues, discutir con probabilidades de acierto esta cuestión tan aleatoria, en la que entran diversos factores que pueden justificar el desenvolvimiento o la represión de los vicios tribádicos y sáficos de las lesbianas; pero, como última palabra, no cabe duda que en el desarrollo o la iniciación de estos vicios influye tanto el ambiente como el concepto que se tenga de la moral sexual, e incluso el temor a los accidentes biológicos o fisiológicos que puedan sobrevenir a causa del acto natural.

CIVILIZADAS Y SALVAJES

El lesbianismo en Europa.—Costumbres de las mujeres escandinavas.—El instrumento español.—Alcohol, lesbianismo y flagelación.—Las artistas de teatro.—En los conventos.—Clubs de tribadas.—En la Guinea francesa.—El lesbianismo premarital.—Costumbres de Zanzíbar.—El «f'tai» brasileño.—La perversión sexual de las martiniqueñas.—El safismo como método normal de satisfacción.—En el Gabón.

El amor lésbico, como ya hemos dicho, se ha conocido en todas las épocas y en todos los pueblos, siendo practicado por mujeres de todas las clases sociales y de todas las civilizaciones.

Lo que la civilización occidental ofrece en una forma, la oriental lo muestra en otra. En unos países se estima como un vicio repugnante y en otros como una virtud eminente; todo depende de la moral, o, por mejor decir, de las costumbres, de las tradiciones, de las leyes al fin, que es el término de todos los hábitos que adquieren cierto arraigo en los usos de los pueblos.

Ya hemos aprendido a diferenciar el lesbianismo de la homosexualidad, o sea la perversión de la inversión. No obstante, en los países donde se encuentran más homosexuales no es donde hay menos viciosas, aunque no puede dejarse de tener en cuenta las diferencias que se observan entre las pequeñas y las grandes poblaciones, ya que en estas últimas es donde, por existir mayores elementos de excitación, es también donde se encuentran las máximas facilidades para la práctica de las perversiones sexuales de todo género. En Inglaterra, dígase cuanto se quiera, el amor lésbico ha ocupado algunos años de la vida sexual de un gran número de mujeres. En Francia, país que goza de cierta fama singular en estos aspectos, los amores que cantó la poetisa Safo son más visibles que en ningún otro pueblo, lo que no quiere decir que sea el que albergue mayor número de lesbianas.

La licencia de las costumbres francesas, en las que casi siempre se advierte la presencia de algún elemento decorativo, sirve para dar una idea de lo que debe ocurrir en la intimidad. En España, por ejemplo, un público no toleraría la presencia en un escenario de dos mujeres completamente desnudas que cantan canciones con letra de doble sentido y ejecutan danzas de sentido dudoso. (Lámina III.)

En Suecia, país frío de mujeres blancas y "ardientes como la nieve", el amor sáfico está extendidísimo entre ciertas clases de la sociedad. Un autor dice que entre las gentes más distinguidas este vicio no se revela jamás; en la pequeña burguesía se habla de ello con palabras veladas, con sonrisas indulgentes, sobre todo si se trata de muchachas jóvenes, aunque, cuando las cosas ocurren entre mujeres casadas ya es la condenación más cruda lo que la perversión merece.

No obstante observarse mayor indulgencia para las relaciones sexuales normales, incluso tratándose de muchachas muy jóvenes que no están aún formadas para convertirse en dueñas de un hogar, el vicio lésbico en todas sus formas parece más bien un deporte que el resultado de una necesidad fisiológica, cuya satisfacción no admite demora.

En casi todas las pequeñas ciudades costeras de la península de Escandinavia, formadas por pescadores y gentes de mar, el lesbianismo parece ser que tiene una razón de existir. Los hombres emprenden largos viajes a bordo de las embarcaciones mercantes o pesqueras, permaneciendo alejados de sus hogares durantes muchos meses al año. Con objeto de que la vida resulte más económica y hasta por vivir en compañía, es costumbre que varias mujeres se reúnan en la casa de una de ellas, seguramente la más grande de todas, donde trabajan en comunidad en las distintas faenas auxiliares de la profesión de sus maridos, como es el remiendo y la fabricación de redes para la pesca, reparación de velas, salazón de pescados, manipulaciones para la exportación, etc., faenas que realizan en invierno al calor de grandes lumbraradas en esas noches casi polares e interminables.

Naturalemente, estas mujeres, que permanecen sin sus maridos varios meses cada temporada, huyen de todo contacto con otros hombres; puede decirse que son fieles y honestas, buenas madres y magníficas esposas, que por nada traicionarían a los ausentes dando a sus hijos un hermano ilegítimo. Por estas razones, las buenas esposas de los pescadores acostumbran a dormir en parejas, forma por la cual es más fácil combatir el frío y el recuerdo grato de los hombres ausentes, quienes, a su vez, según dicen, no tienen inconveniente en recordar a sus mujeres de la misma manera que ellos son evocados...

Ellos conocen estas debilidades femeninas; pero, como las comprenden perfectamente, también las disculpan, porque opinan que si no les traicionan de una manera les traicionarán de otra, seguramente más grave y de más irreparables consecuencias.

En Rusia, especialmente al Sur y, sobre todo, en la región próxima al Cáucaso, el aprecio de la virginidad llega a tal extremo, que se acostumbra a colocar a las jóvenes una especie de cinturón de castidad, que se cose a la piel. No obstante, el tribadismo y el safismo se practican por las mujeres solteras ante la indiferencia de los hombres, que ven en esos recursos una garantía de la pureza sexual de las muchachas imposibilitadas para satisfacerse por los procedimientos naturales. Las autoridades rusas acabaron en gran parte con esa costumbre brutal del cinturón de castidad; pero no han sido capaces de poner fin a las costumbres lésbicas de las mujeres solteras y de las casadas, cuyos maridos están ausentes. A éstas ya se las permite el empleo de una imitación del miembro viril, consistente en un vástago de madera, forrado de cuero, que las dos mujeres se introducen en la vagina, de forma tal que las dos hacen a la vez de macho y de hembra.

Con relación a este instrumento, un escritor francés dice lo siguiente, a todas luces falso: "En España, las tribadas son legión, y de este país viene la invención de un instrumento especial, destinado a hacer gozar simultáneamente a las dos amantes, bastante largo y provisto de dos extremidades semejantes; la que hace el papel de hombre se introduce una punta en la vagina y coloca la otra en la vulva de su amiga. Gracias a este procedimiento, todos los movimientos de la una sirven para procurar el placer a la otra."

Verdaderamente, este aparato es conocido en España, como lo es en Francia y lo era en Roma y en Grecia; pero afirmar que ha sido inventado por nuestras mujeres es una aseveración tan falta de base como decir que en París no se venden esos instrumentos con más licencia que en cualquiera otra parte del mundo. Afirma también el mismo autor que el beso sáfico se practica en nuestro país de una manera particular: "La amante comienza por llenarse la boca de alcohol, depositándolo en el sexo de su amiga para sorberlo

en seguida. En las clases populares—prosigue—la mujer activa inspira una verdadera admiración, y la mayoría de las *bailarinas públicas*—sin duda debe referirse a las artistas de variedades—son verdaderas donjuanes, que hacen más conquistas femeninas que los hombres."

En cambio, parece reservarse su opinión respecto del desarrollo de este vicio en su país y de los refinamientos con que se practica en las casas establecidas al efecto, *seulement pour dames*, principalmente en el barrio de la Estrella y en algunos palacetes inmediatos al bosque de Bolonia. Debe ignorar, seguramente, que en las farmacias se expende un *poudre de Sapho* y otros productos semejantes, expendidos con más abundancia en algunas librerías de literatura pseudoerótica, los cuales polvos son utilizados por las safistas pasivas para procurarse una irritación en los genitales, que sólo se calma mediante las caricias lésbicas de la amiga activa.

Pero es sencillamente estúpido creer que el vicio adopta modalidades diferentes en cada país de civilización semejante, como es inútil pretender averiguar dónde se inventó un método cualquiera de satisfacción perversa, porque lo cierto es que, en estas cuestiones, todo lo que haya de nuevo no será más que la repetición de un procedimiento olvidado, que a lo mejor floreció en Gracia, en Roma o en Egipto en la época de los Faraones.

La variedad que sí parece francesa, es aquella que consiste en que las mujeres de ciertas sociedades lésbicas se laven los órganos genitales en champaña, cuyo líquido han de beber todas al comenzar las orgías, cuyas borracheras no se cogen con más licores que los que han servido para el baño común.

El alcohol y el lesbianismo se asocian en Inglaterra más que en cualquiera otra parte del mundo, y, a veces, la flagelación constituye el elemento más importante en el desarrollo de estos vicios femeninos, que acaso no alcancen en ninguna parte del mundo los caracteres brutales con que se les observa en la puritana Albión.

En una casa de Trafalgar Square, la célebre plaza londinense, la Policía detuvo no hace mucho tiempo a diecinueve muchachas, de quince a veinticinco años de edad, por promover un fuerte escándalo a altas horas de la madrugada, en forma que era imposible a los vecinos conciliar el sueño. Cuando los agentes de la autoridad penetraron en la casa, les franqueó la puerta una doncella, que daba muestras de estar embriagada. Los policías se encontraron con un espectáculo verdaderamente deplorable, pues casi todas las

parejas, en completo estado de embriaguez, se entretenían en cometer toda clase de prácticas inconfesables, unas vestidas y otras completamente desnudas.

Sobre este suceso se hicieron numerosos comentarios, dada la calidad de las familias a que pertenecían las detenidas, casi todas estudiantes de las escuelas superiores.

En Australia, donde la influencia británica es la más caracterizada, las mujeres se portan de la misma manera que en la metrópoli, y si de aquí subimos a los Estados Unidos, herederos de una parte de las tradiciones inglesas, nos encontramos con la misma variedad.

En Grecia, cuna del lesbianismo clásico, puede observarse que las mujeres casadas de algunas islas, cuyos hombres abandonan el país para dirigirse a los países asiáticos cercanos, también practican los amores sáficos casi con el mismo entusiasmo que hace miles de años. En la campiña búlgara y en otros países balkánicos, las cosas ocurren de manera parecida.

Acerca del lesbianismo entre las artistas, un autor escribe lo siguiente, con referencia a Inglaterra: "Son muy frecuentes en los teatros las relaciones apasionadas entre las actrices y, más aún, entre las coristas y bailarinas jóvenes; el carácter de estas relaciones varía desde la extrema inocencia a las más complicadas excursiones en la dirección lésbica. La confusión del guardarropa donde se visten; las horas de espera entre las salidas a escena, durante las cuales las muchachas están hacinadas en tocadores pequeños, en perfecto estado de excitación, sin nada en qué ocuparse, son circunstancias que favorecen el desarrollo de esta clase de sentimientos. En la mayor parte de los teatros hay un pequeño círculo de muchachas que se mantienen separadas de las demás y que mutuamente se profesan entrañable afecto. Muchas de estas muchachas están siempre dispuestas a conquetear con el sexo opuesto; pero conozco algunas constantemente acompañadas de su inseparable y especial amiga, y si ésta pasa a otro teatro, allí van a esperarla a la puerta del escenario. Pero tampoco en estos casos las relaciones pasan adelante. Es un hecho que la joven inglesa, virtuosa o no virtuosa, especialmente si pertenece a la clase baja y media, está muy cohibida por el convencionalismo social. Ignorancia y hábito son dos frenos que impiden que esta especie de perversión se desenvuelva hasta su conclusión lógica. Por tanto, en las clases altas de la sociedad y de la prostitución es donde se encuentra el lesbianismo en forma de-

finida, porque, precisamente en este medio, existe mayor libertad de acción e influyen menos los prejuicios."

En un convento de religiosas austríacas se descubrió la existencia de una verdadera sociedad de lesbianas, que había venido funcionando desde que se hizo cargo de la dirección espiritual de aquellas ovejas una superiora que vino de Palestina. El hecho se descubrió cuando ingresó en el convento una joven, verdadera religiosa, la cual sufrió diversos castigos por negarse a realizar las prácticas tribádicas a que querían obligarla otras religiosas. La novicia denunció el hecho a sus padres por medio de una carta que encargó depositar en el correo a uno de los proveedores del convento que tenía amistad con su familia.

Según algunos autores, las prácticas homosexuales, en todos sus aspectos, son muy frecuentes en las comunidades religiosas de mujeres, y seguramente más que en las de hombres, donde la disciplina parece ser más severa y las funciones de castidad mucho más puras.

En Berlín existen numerosos clubs de tribadas, y decimos de tribadas y no de homosexuales porque, según las investigaciones de Hirschfeld, Moll, Bloch y otros, sólo un seis por ciento de estas mujeres puede decirse que son verdaderas invertidas, y pervertidas o viciosas todas las demás. En estos clubs existen gabinetes reservados, pero más bien se utilizan para reuniones que para las prácticas viciosas. Aquí se entablan las relaciones amistosas y los conocimientos necesarios para después terminar el asunto fuera del club; es, como si dijéramos, el escaparate donde se exhiben las lesbianas, o la bolsa de contratación de sus servicios, bajo la apariencia de un casino, una sociedad científica o cosa parecida.

En las fábricas y talleres cuyos operarios son mujeres en su mayoría, pero casadas o con amantes, el lesbianismo accidental, o, por mejor decir, de mero pasatiempo, es más frecuente de lo que se supone, especialmente en los meses de verano. En una fábrica de lámparas eléctricas de San Francisco de California un médico observó que no había una sola mujer que pudiese decir que era casta. En las dos horas que se concedían para el descanso era muy corriente ver que las jóvenes se separaban por parejas, marchando hacia un bosquecillo inmediato o bien en dirección de unos sembrados de trigo muy altos. "Nunca me fué posible—dice—ver lo que sucedía entre aquellas jóvenes; pero, a juzgar por ciertos detalles del desarreglo de los vestidos, en el rostro, etc., no tuve inconveniente

en asegurar a uno de los directores de la empresa que sus operarias estaban repitiendo las mismas escenas que en épocas remotas tuvieron lugar en Mitiline."

En todos los países civilizados, como vemos, no es nada fácil comprobar la existencia del lesbianismo en formas más o menos refinadas y que demuestran, de una manera palpable, que la mujer no es menos viciosa que lo sea el hombre.

La moral de los pueblos primitivos es, respecto a esta cuestión, bastante variable; mientras algunas razas condenan los vicios femeninos con toda acritud, otras gentes, que viven separadas por sólo unos kilómetros, adoptan el safismo con un ritual casi solemne.

En la Guinea francesa, cuando la niña tiene seis años, su propia madre la masturba con el fin de hacer que se la desarrolle el clítoris y para lo que se denomina "hacerla el sexo", es decir, despertarla la voluptuosidad erótica. Si los manejos masturbadores no produjesen el resultado deseado, entonces recurre la madre a la succión del clítoris, o sea al safismo. Entre estas gentes no tiene nada de particular esta práctica, que a lo mejor se realiza delante de todas las gentes de la tribu, en las que la maniobra no produce la menor curiosidad.

Las jóvenes así iniciadas siguen practicando la masturbación o el safismo como una cosa natural, a la vista de todos. A la caída de la tarde se reúnen las pequeñas a la puerta de cualquier choza, y, por lo general, la madre de una de ellas las indica cómo deben actuar. Esta costumbre se interrumpe tan pronto llega la pubertad, en cuyo momento ya debe ser iniciada por un hombre en las funciones sexuales auténticas, que hasta entonces se ha procurado ocultarla. Si el marido tuviese que marchar a la guerra o a la caza o emprender un viaje que dure más de una luna, la esposa queda autorizada para unirse a otra mujer que se encuentre en las mismas condiciones o que sea viuda, en cuyo último caso vendrá obligada a gratificarla por la prestación de tales servicios. (Lámina IV.)

En la India, cuando la niña alcanza la edad de doce años sin que aparezcan los signos de la nubilidad, se cree que está bajo un influjo maléfico, que sólo podrá remediarse mediante las prácticas lesbianas. Estas gentes relacionan la voluptuosidad con la menstruación, y, por lo tanto, es necesario producir en la niña toda clase de excitaciones, pero sin ocasionar la ruptura del himen, por lo que comúnmente se recurre a la masturbación y al safismo, que es practicado por mujeres ya iniciadas. Según el empirismo de estos indí-

genas, hasta que la voluptuosidad no se despierte la pubertad no se presenta, quedando mientras tanto insensible a las vibraciones amorosas.

En lo que fué colonia alemana del Camerón, sólo las mujeres de sangre noble o de estirpe real tienen permiso para servirse de sus doncellas en la producción de los deleites lésbicos, cosa que sólo pueden hacer las demás muchachas hasta que es llegada la hora de la pubertad. Estas princesas o aristócratas no pueden casarse hasta que no encuentran un marido digno de ellas, lo que no ocurre siempre, de acuerdo con el desarrollo de su instinto sexual, que, en lo que a la normalidad se refiere, debe supeditarse a las razones de Estado. (Lámina V.)

Según las observaciones realizadas en Zanzíbar por el doctor Baumann, que vivió algunos meses con aquellos salvajes, las mujeres practican el safismo y el tribadismo "sirviéndose muchas veces de un falo de marfil o de ébano, con una especie de glande a un extremo, *o bien a los dos extremos, en cuyo caso puede ser usado por las dos mujeres al mismo tiempo,* y algunas veces tienen un conducto por el cual pueden inyectar agua caliente; se considera este instrumento *invención árabe,* y es empleado por mujeres normales, encerradas en el harén y privadas de toda satisfacción sexual" (1).

Las prácticas lésbicas son muy frecuentes en los harenes musulmanes, especialmente en Persia y Turquía; el amor sáfico es considerado por los hombres con tal indiferencia—auque hay excepciones—, que, por lo general, más que de disgusto, les sirve de excitante poderoso, procurando observar estos espectáculos de forma que no puedan ser vistos por sus ardientes e insatisfechas mujeres.

Muchos maridos ven con absoluta indiferencia incluso las caricias estériles que sus mujeres solicitan de los eunucos que tienen encomendada la guarda de su virtud. No obstante, el amor no es tolerado entre las mujeres y esos medios hombres, consintiéndose sólo las caricias, por ardientes y extrañas que sean, sin que ello excite los celos ni suscite la menor reprobación por parte de los esposos, que, tratándose de hombres normales en lugar de castrados, harían pagar con la vida el delito cometido por ambos adúlteros.

Todas estas maniobras lésbicas constituyen a veces un espectáculo con el que el dueño del harén obsequia a sus mejores amigos. Naturalmente, las actrices de estas comedias no son nunca las esposas legítimas, según el Korán, sino las concubinas o esposas secundarias, que, por lo general, pertenecen a la casta de los esclavos. Los principales refinamientos empleados por estas mujeres consisten en el uso abundante de los perfumes excitantes, acostumbrando también a frotarse la vulva con ciertas esencias que tienen la propiedad de producir una irritación especial que sólo puede calmarse por medio de las maniobras sáficas. Las favoritas de estos señores orientales recurren frecuentemente al *kiff,* mezclado con varias hierbas aromáticas, que tienen propiedades afrodisíacas, las cuales fuman en pipas especiales, dispuestas en forma que el humo llegue frío a la boca. El olor producido por la combustión de esta mixtura es también muy excitante. (Lámina VI).

En el Brasil, en cuyas selvas viven en estado completamente salvaje muchísimas gentes primitivas—en algunas tribus sigue practicándose el canibalismo, según se ha comprobado por el trágico fin de una expedición de sabios alemanes—, las prácticas lésbicas son conocidas de siempre, hasta el extremo de que se considera natural y hasta sagrado practicar el tribadismo en determinadas épocas del año. Hay un árbol, parecido al del caucho, de cuyas ramas huecas se sirven para sustituir al miembro viril. Su corteza es tan elástica como el caucho e igualmente flexible; dicho árbol recibe el mismo nombre que el pene. Tan natural se considera el empleo de este sustitutivo, que, según un autor, no hay casa en la que entre los utensilios de cocina no figure colgado un enorme *f'tai,* cuyo es el nombre pronunciando en español del tradicional instrumento. Este objeto es manejado frecuentemente por el marido, cuando sus energías no están a tono con los ardientes deseos de su esposa.

Es fama que en todas las islas de las Antillas el vicio de Lesbos es algo tan natural como en Marruecos la sodomía. Ahora bien, concretándonos a la isla de la Martinica, perteneciente a Francia, no cabe duda que el lesbianismo en todas sus formas es más frecuente que las prácticas naturales.

La mulata martiniqueña no se diferencia en nada, en lo que al tipo y la prestancia respecta, de la mujer española del Mediodía: morena, de ojos negros, labios gruesos, fuerte, graciosa y alegre e incluso con un ceceo característico y dulzón en el acento, pausado y cálido. Mas en lo que a la sexualidad respecta, no cabe duda que las diferencias son bastante notables. (Lámina VII.)

(1) Hemos subrayado las anteriores frases como demostración de que el referido aparato no es de invención española, como afirma el tratadista francés aludido anteriormente. Por otra parte, también es empleado por las mujeres indias del Canadá y por algunas de ciertas regiones del Sur de Asia.

Desde los primeros tiempos de su infancia, la mulata no puede contener la llama pasional del fuego que arde en sus venas. Si ha vivido libremente, no tardará mucho tiempo en manifestar todo su instinto, heredado de sus ancestres africanos, y en seguida despertará su afición a las niñas blancas de su edad, a la que contagia bien pronto de sus hábitos sáficos. Hervez asegura que hay multitud de jóvenes que son iniciadas en las prácticas más despreciables por las llamadas *z'amies,* o sea amigas, y que éstas, aun cuando están casadas, no dejan por eso de satisfacer las curiosidades de las inocentes.

La costumbre es tan natural, que nada extraña, por raro que sea, incluso a las personas que tendrían el deber de evitar el desarrollo de estos vicios abominables. El siguiente caso, citado por un autor, es la prueba concluyente de la realidad de esos hechos: "Hablaban dos señoras de sus respectivas hijas y confesaba la una a la otra que había encontrado a la suya un recreo muy íntimo con su criadita, y no se mostraba muy enojada de ello; su compañera, por otra parte, tampoco mostraba ninguna indignación; y, al final, acabaron ambas por convenir en que, "después de todo, esto no era tan peligroso como se pretendía y que no impedía a las muchachas tener buena reputación entre los hombres". Tal era también el parecer de cierta mulata, retirada ya de los *negocios,* y que, según su propia historia, reconocía los inconvenientes que presentaba un comienzo demasiado precoz en la palestra galante, y hacía esta confesión inaudita a un antiguo amante (ella tenía una hija lindísima y ya muy solicitada): "Querido: no quiero que mi hija la corra con los oficiales, como si fuese una cualquiera; nada de eso; quiero que guarde la moralidad. Pero, para calmar sus sentidos, en una juventud como la suya, yo misma la acompaño dos o tres veces al mes a casa de una amiga para que tenga ocasión de..."

"Sin embargo—dice en otro párrafo—, no siempre basta el matrimonio para calmar los ardores demasiado intensivos y exaltados desde tan temprano. Desde luego que las mujeres que se contentan con el marido son la inmensa mayoría; pero las hay insaciables, que, si no comparten sus placeres de amor entre el lecho conyugal... y las buenas amigas, buscan amantes. Hay que atribuir, sin duda, la causa de estas faltas a la demasiada frecuencia con que se verifican uniones desproporcionadas. Hoy, sobre todo, en que las fortunas han menguado mucho, las muchachas encuentran una mayor dificultad en tropezar con maridos adecuados, y los viejos célibes o viudos, gastados por la vida alegre, tienen grandes oportunidades para animar el ocaso de su carrera con el fuego de una linda muchacha en la primavera de su vida, pero sin bienes de fortuna. La ingenua, bajo la presión de sus padres o su voluntad, déjase coger; pero no tarda mucho tiempo en indemnizarse."

En el Gabón, las mestizas de blanco y negra presentan las mismas características de la martiniqueña, si bien es mucho más grosera en sus pasiones, que algunas veces adquieren un carácter de violencia inusitada. La negra del Gabón se entrega a los placeres lésbicos con el mismo ardor que las senegalesas al coito en las fiestas periódicas. Esto se explica por la enorme abundancia de mujeres, en virtud de que los hombres, tan pronto están en condiciones de ganarse la vida, emigran a Liberia y otras partes del Africa Ecuatorial, donde el trabajo abunda y los salarios son altos, permaneciento expatriados cuatro a seis años, hasta que logran reunir una pequeña fortuna. Hay algunas aldeas en las que no se encuentra un solo hombre en condiciones viriles, circunstancia que da lugar al desarrollo más crudo de todas las perversiones de la sexualidad femenina. (Lámina VIII.)

Necesitaríamos mucho espacio para referirnos a la extensión del lesbianismo en el orbe entero, y siempre estaríamos dando vueltas alrededor del hecho central. que los vicios femeninos están distribuídos en tal forma, que no habrá un solo rincón del mundo donde, de una forma o de otra, la mujer no haya violado las leyes naturales de su sexo, siempre inquieto y nunca perfectamente satisfecho.

CASOS CELEBRES Y CLINICOS

Lo más innoble de la espiritualidad femenina.—La sáfica violadora y el amante vengador.—Las profesoras del colegio laico.—Castigos originales. La venganza terrible de una safista mercenaria.—Entre madre e hija.—El yate de Lesbos.—Los apuros de un repórter.—Sodomía imaginaria.—La excitación del acto del parto.—Formas leves del lesbianismo.—Las mujeres de las fábricas.—En Cuba y en la India.

El amor lésbico, mejor dicho, la sexualidad viciosa de la mujer, es la expresión más innoble del complejo sér femenino, y donde más claramente se manifiesta la ausencia absoluta de sentido moral, de la dignidad del sexo y de todos los sentimientos verdaderamente delicados y bellos que adornan el alma de la deliciosa mitad del género humano.

Esta inclinación perversa de la mujer no tiene nunca la justificación que puede encontrarse en cualquier lesión cerebral, en una anomalía nerviosa o en un trastorno psíquico cualquiera, porque la viciosa es completamente consciente de su vicio y sabe de sobra que es sólo el instinto lo que la impulsa a cometer las más raras atrocidades. Esto no ocurre en la homosexual, es decir, en la invertida, porque sus sentimientos, a pesar de todo, son más nobles y más puros, llegando hasta el sacrificio, por duro que sea, en honor del objeto amado.

Se conoce un caso célebre en los anales del lesbianismo, que tuvo lugar en Inglaterra. Una mujer, casada y madre de dos hijas, la menor de dieciséis años, y que tenía relaciones ilícitas con un amigo de su marido, gozaba entre sus compañeras de fábrica de un bien ganado prestigio de viciosa, pues, en algunos casos, cometió actos que hicieron pensar en la posibilidad de que estuviese afectada de ninfomanía. Varios médicos la reconocieron detenidamente, estudiando con la misma atención todo su historial genealógico, sin en-

contrar la menor tara, por lo que la declararon responsable en absoluto de todos sus actos.

Cierto día ingresó en la fábrica una joven de diciesiete años, bella muchacha, de costumbres muy morales, que mantenía relaciones con otro obrero del mismo establecimiento fabril. La mujer a que nos referimos procuró relacionarla con sus hijas, que, al fin, se hicieron amigas, y, aprovechando un día de fiesta, en que el novio de la muchacha no podía acompañarla, la invitó a pasar la tarde en una pequeña casa de campo que poseía en los alrededores de la ciudad.

Cuando se vió a solas con ella la propuso dormir la siesta juntas, a lo que la joven se opuso por no tener sueño, diciendo que prefería salir al encuentro de sus hijas, que llegarían más tarde por tener que hacer unos asuntos en la ciudad. No convencieron a la lesbiana las razones de la amiga de sus hijas, y, dispuesta a todo, aprovechando un descuido de la infortunada, la asestó un golpe en la cabeza, haciéndola perder el conocimiento. Teniéndola a merced suya en tal estado, la tendió en el lecho entregándose con el cuerpo inerte a las caricias sáficas; pero, cuando se hallaba realizando el repugnante hecho, llegó el novio de la joven, que tuvo tiempo de comprobar lo infame que era aquella mujer. El muchacho, indignado, se acercó a la viciosa, y con el mismo palo que utilizó para golpear a su novia la descargó un fuerte golpe en la cabeza, con tanta violencia, que la fracturó la base del cráneo, a consecuencia de lo que falleció unas horas después, sin poder recobrar por entero el conocimiento. El criminal y su novia fueron encarcelados hasta que se aclaró el suceso, viniéndose en conocimiento de las aficiones de la muerta gracias al testimonio de varias mujeres que habían sido amigas suyas, y que, ante la acusación que pesaba sobre la encarcelada, no tuvieron inconveniente en confesar sus relaciones, con tal de que no se cometiera una injusticia.

Un pensionado laico, establecido en París, fué durante bastante tiempo teatro de escenas lésbicas, que llegaron a conocimiento de la Policía porque el sadismo de las profesoras produjo varias víctimas, que, al ser atendidas en un dispensario, confesaron la causa de sus heridas.

La institución estaba dirigida por dos mujeres, unidas por un violento amor sáfico. La una, de cuarenta años de edad, fué expulsada de la Universidad por cometer actos sáficos con varias condiscípulas, y su compañera, que no tenía más de veinticuatro años,



MULATA MARTINIQUEÑA

Se dice que no hay mujer alguna en el mundo que sea tan sensual y viciosa como estas naturales de la Martinica, entre las que la perversión sustituye al amor natural.

LAMINA VII



MUJER DEL GABÓN

La emigración en masa de la población masculina deja a estas mujeres en las peores condiciones para satisfacer sus instintos, por lo que el lesbianismo se considera como un acto lícito.

LAMINA VIII

había sido artista de variedades, dejando la profesión para irse a vivir en unión de la profesora.

El pensionado era de internas, las cuales eran casi todas hijas de prostitutas, artistas de variedades y *demi-mondaines* poco afortunadas y escasamente celosas del porvenir de su progenitura. Las discípulas de tan extraño colegio no disfrutaban de vacaciones, a no ser que sus madres lo solicitaran, cosa que no ocurría nunca, ya que la profesión de estas señoras es poco compatible con la permanencia a su lado de una hija.

Las muchachas recibían una alimentación deplorable, y la instrucción no podía ser más rudimentaria, abundando, en cambio, los castigos corporales, impuestos por las dos profesoras, histéricas y sensuales sádicas, las cuales habían imaginado grotescos y siniestros refinamientos para martirizar a las criaturas. Uno de los castigos consistía en que la niña se introdujese bajo las faldas de la profesora, la cual la oprimía la cabeza contra su sexo, obligándola a besar aquella parte. Algunas de estas desdichadas habían aprendido a librarse de la pena practicando repugnantes caricias sáficas, ya que esto es lo que pretendía la viciosa. Mientras tanto, acariciaba las nalgas de la criatura, que ya había puesto al descubierto, haciendo ademanes de azotarla.

Pero había castigos muchísimo más crueles y de una maldad refinada, los cuales se aplicaban por los motivos más pueriles. El suplicio consistía en introducir en la vagina de la castigada unos falos de diámetro diferente; el "pequeño suplicio" tenía por objeto causar la desfloración de las niñas, algunas de las cuales no habían cumplido siete años de edad. El "gran suplicio" se aplicaba por medio de un falo de proporciones exageradas para la abertura vulvar de la niña, y el "suplicio supremo" consistía en la intromisión de una imitación fálica, guarnecida de rugosidades. Al final de la sesión, las partes genitales de la criatura quedaban cubiertas de sangre.

Todas las niñas tenían que practicar las caricias más repugnantes con sus profesoras y con las compañeras que se habían portado mejor y eran más estudiosas. Estas, a su vez, eran premiadas con pequeños objetos que las profesoras se introducían en la vagina o en el ano, de donde las niñas estaban obligadas a extraerlos sin utilizar las manos.

Tan monstruosos y repugnantes hechos fueron denunciados por una niña de catorce años, muy inteligente, que consiguió escapar-

se del colegio, dirigiéndose al puesto de Policía más próximo, donde hizo el relato de todas aquellas atrocidades, que se venían practicando desde hacía muchos años.

Otro caso notable fué el de una dama de la buena sociedad de la ciudad francesa de X., safista pasiva que pagaba espléndidamente a sus *partenaires*. Una obrera, que conquistó para realizar con ella estos actos, parece ser que no supo cumplir en una ocasión su cometido, por lo que la dama la golpeó cruelmente, produciéndola numerosas lesiones en la cabeza. Temiendo un escándalo, en vista de los gritos que profirió, la suplicó que se callase, entregándola una fuerte suma; pero la ofendida, que se había propuesto vengarse cumplidamente, instó a la viciosa a que se sometiera a sus caricias, que ahora practicaría con más cuidado. En efecto, cuando más entusiasmada estaba la dama, la asestó tan terrible mordisco, que se quedó entre los dientes con el clítoris y una porción de los grandes labios. La obrera fué detenida, pero negó toda participación en el hecho, diciendo que lo había realizado un perro lobo, confesión que apoyó la víctima con el fin de que no se supiese la verdad de lo ocurrido. El médico que asistió a la herida demostró que las características de la mordedura correspondían a los dientes de una persona, por lo que la autora del hecho quedó detenida por el delito de lesiones, cumpliendo una corta condena.

En Bruselas fué detenida y encarcelada una mujer, viuda de un militar que murió en la gran guerra, la cual atendía a las necesidades de su vida con los ingresos que obtenía con el espectáculo de practicar el safismo recíproco con un hija suya de doce años.

En una ocasión se presentó en una clínica oficial una mujer de veintisiete años de edad, reclamando asistencia facultativa, pues, según dijo, se había clavado en los órganos sexuales internos la astilla de un cajón. Se comprobó que los grandes desgarros que presentaba en el conducto vaginal y en el cuello uterino habían sido producidos por un instrumento cortante y de punta roma, y no por un trozo de madera astillada. Por fin, a fuerza de muy hábiles preguntas, confesó que las heridas se las había producido otra mujer con un cuchillo de cocina al intentar extraerla un terrón de sal que se había introducido en la entrada del canal vaginal y que, en un descuido, penetró hasta el del saco de Douglas. Preguntada acerca de tan extraña maniobra, manifestó que su amiga sólo se excitaba aplicando la lengua sobre el terrón de sal, hasta disolverlo por completo.

Un periodista de Sidney (Australia) se propuso averiguar qué clase de relaciones mantenían varias mujeres de la mejor sociedad y qué fiestas se celebraba a bordo de un magnífico yate, propiedad de una de ellas, en el que toda la tripulación era femenina, desde el capitán hasta el marmitón.

El periodista en cuestión se disfrazó de mujer, y, valiéndose de recomendaciones, obtuvo una plaza en el buque, que se disponía a zarpar para un largo crucero por aquellos mares. En efecto, nada más hacerse a la mar el lujoso yate, sus pasajeras, completamente desnudas, se empezaron a entregar a toda clase de excesos lésbicos, en los que también tomaban parte algunas mujeres de la tripulación El repórter seguía observando, sin ser visto, desde una ventanilla de la cámara de invierno, que dominaba una gran parte de la cubierta de popa.

Un día, que el hombre presenciaba tranquilamente una de aquellas orgías, las mujeres le rogaron que se desnudara y tomase parte en la fiesta. Huelga decir que la proposición puso al periodista en uno de los trances más difíciles de su vida, pues sabía que si llegaba a descubrirse su verdadero sexo lo iba a pasar muy mal entre aquellas verdaderas furias viciosas.

Se resistió bajo diversos pretextos, pero no le sirvió de nada: le sujetaron entre varias, y una, más audaz, llevó la mano hasta el sexo de la supuesta mujer, quien, en virtud de la lucha, se había excitado de tal forma que, en cuanto le tocaron, quedó identificado su verdadero sexo.

El escándalo que se formó a bordo de la nave lésbica no fué para descrito: todas aquellas fieras cayeron sobre el periodista, golpeándole furiosamente, mientras le llenaban de insultos y amenazas. No costó poco trabajo a aquellas viciosas reducir al periodista, el cual se defendió vigorosamente a puñetazos, única forma de deshacerse de las que mayor ardor mostraban en la venganza. Por fin, para evitar que la cosa pasara a mayores, puesto que una de ellas había propuesto que fuese colgado del palo mesana, el periodista se arrojó al agua en las inmediaciones de una isla, cuyos indígenas le recogieron, conduciéndole a una factoría, donde le cambiaron el traje de Adán por uno a la europea.

Una vez de vuelta en Sidney, se dispuso a publicar en folletín todo lo que había visto en aquel curioso yate, pero las autoridades cortaron la publicación del reportaje por considerar que aquellos relatos no podían hacerse en un periódico. La expectación del público

fué enorme, y el periodista, dispuesto a todo, editó un libro, del que, en pocos días, se agotaron varios cientos de miles de ejemplares. La organización lésbica quedó tan al descubierto con motivo de aquella campaña, que el yate no volvió a ser visto en el puerto de Sidney, ni tampoco se tuvieron noticias de muchas de sus pasajeras, mujeres casadas y pertenecientes a distinguidas familias australianas.

El doctor X, bajo cuyo pseudónmo publicó varios trabajos de esta naturaleza un neurólogo francés, cita el caso de una mujer casada y con hijos, que estaba afectada de "sodomía imaginaria". Tenía una colección de objetos de madera que imitaban el miembro viril, y cuando se excitaba sexualmente se servía de una doncella, que practicaba con ella el safismo. No podía obtener el orgasmo si no tomaba entre las manos uno de aquellos objetos, de tamaño más que regular, y se imaginaba que se lo introducía en el orificio anal. Algunas veces consiguió consumar esta penetración, pero nunca sintió las sensaciones que se procuraba sólo con su fantasía.

Otra mujer, que durante mucho tiempo había practicado la masturbación vaginal, nunca llegó a experimentar emociones sexuales con su marido, del que tenía dos hijos. Practicaba el tribadismo con una criada; pero, para completar la ilusión de la penetración viril, colocaba en sitios visibles diversos objetos que pudieran recordarla el falo, en cuya figura convertía su fantasía un frasco, una lámpara, un vaso, ciertas frutas, etc. Para ella, el Universo entero se poblaba de falos de todas dimensiones y formas, imaginándose que era penetrada por todos alternativamente y a la vez. Era una neurótica, hija de alcohólico; pero a pesar de su monomanía, de la que se sentía avergonzada, conservaba la voluntad para ocultarla, adoptando, sus relaciones y en su vida de sociedad, una actitud correcta y normal.

Estos fantasmas eróticos se presentan con mucha frecuencia en las tribadas y safistas; son los síntomas de los trastornos que en la psiquis produce la excitación anormal y los excesos sexuales, en lo que piensan constantemente hasta constituir una verdadera obsesión, que puede terminar en la ninfomanía. Una señorita de veinte años, safista activa, tan pronto como se quedaba sola en su habitación empezaba a dibujar los órganos femeninos, particularmente en la forma que adoptan en el momento del parto, cuando la cabeza de la criatura asoma por el orificio vulvar. La vista de sus obras, algunas perfectamente logradas, la sumía en largos éxtasis voluptuosos. Nunca tuvo curiosidad por los órganos masculinos de la copulación, que la inspiraban cierto terror. Esta joven había sido desflorada violentamente dos años antes por un campesino, aunque con consentimiento de ella, pero fueron tan agudos los dolores que experimentó en el acto, que desde entonces se hizo el propósito firme de no volver a repetirlo.

Lo que más la impresionó de su brutal iniciación, fué la visión de sus genitales en el momento en que el hombre terminaba el acto, lo que pudo observar con facilidad, viendo cómo los labios vulvares se ajustaban perfectamente al miembro ensangrentado y de gran tamaño. Unos meses después tuvo ocasión de presenciar un parto, y la salida de la cabeza del feto por el anillo vulvar la recordó lo que había visto parecido en ella misma.

En las mujeres jóvenes normales, el lesbianismo adopta frecuentemente las formas de la masturbación en común, individual o recíproca. Durante la gran guerra, en una fábrica de municiones, que estaba servida por muchachas en casi su totalidad, había que concederlas un descanso de hora y media para que pudieran *desahogar sus sentidos*, pues, en caso contrario, su actividad era menor y el rendimiento mínimo.

Un tratadista italiano, que estudió la vida sexual de la juventud femenina en su país, dice lo siguiente: "Durante el verano, en un taller, las muchachas no llevan pantalones y se desabrochan el cuerpo y trabajan con las piernas cruzadas, más o menos descubiertas. En esta posición, las jóvenes se inspeccionan unas a otras; algunas hacen alarde de la blancura de sus piernas, y después, las faldas se levantan para más completa comparación. Muchas de ellas gozan con este examen del desnudo y experimentan verdadero placer sexual. Desde el mediodía hasta las dos de la tarde, durante las horas de más calor, estando todas en esta condición y la maestra en camisa (y a veces sin ella, sin avergonzarse de la presencia de las obreras), se duermen en el sofá; todas las muchachas, *sin excepción*, se masturban. El calor enciende sus deseos y despierta todos sus sentidos. Las emociones voluptuosas, contenidas durante todo el día, se desbordan con fuerza irresistible; estimuladas por el espectáculo de la desnudez, algunas cruzan mutuamente las piernas para intensificar el espasmo con la ilusión del contacto del hombre."

El mismo autor reconoce que no se trata de invertidas, sino de viciosas, que llegan a la masturbación mutua, pero no al tribadismo

o al safismo, por cuyas variedades las muchachas sienten verdadera repugnancia.

Un amigo que ha vivido en Cuba mucho tiempo como empleado en una gran explotación de caña y fabricación de azúcar dice que las criollas sobre todo dan muestras de un ardor genital irreprimible, especialmente en las horas de más calor. Todos los vicios que puede practicar una mujer son conocidos de aquellas mestizas. Cuando alguna operaria joven ingresaba en la comunidad, ya sabía que estaba en el deber de pagar el derecho de entrada, el cual se cobraban las más antiguas. A veces llegaban al extremo de reunirse cuatro o cinco, y mientras unas sujetaban a la joven, que se resistía, la otra la violentaba, safizándola. Si era razonable, se sometía a las prácticas tribádicas y no se la exigía más, pero si se obstinaba en permanecer casta, no la valían de nada los gritos ni demandas de auxilio hasta que sus violadoras satisfacían su brutal lujuria.

En las manufacturas de yute de la India, en las que sólo se ocupan mujeres, las cosas suceden de idéntica manera, observándose esta costumbre desde hace muchísimos años. Los hombres encargados de ciertas faenas de la fabricación, toman parte en los juegos lésbicos de las operarias, que se entregan a toda clase de excesos, como si para ello tuviesen un derecho perfectísimo, anejo a los deberes de su ocupación.

En resumen, que los vicios femeninos son mucho más frecuentes de lo que parece, pero bastante menos visibles de lo que el vulgo se imagina. La mujer tiene la gran habilidad o la exquisita hipocresía de ocultar sus sentimientos y disfrazar sus defectos morales con un cuidado y una sutilidad que no está al alcance del hombre, al que estas pervertidas desean siempre ardientemente y a veces en las formas más extrañas y terribles que pueden imaginarse, porque la falta de satisfacción natural las hace concebir quimeras verdaderamente irrealizables, por las cuales pierden la noción de la realidad, dejándose llevar por la fantasía, que será tanto más rica en sugerencias cuanto más firme sea su supuesta virtud y más prolongada la inactividad de su sexo.

APENDICE

Cartas de mujeres lesbianas

Ya hemos visto que entre los sentimientos de las verdaderas invertidas y los que manifiestan las viciosas la diferencia es enorme. La homosexualidad auténtica da lugar en muchas ocasiones al desarrollo de afectos tan puros como los que mutuamente puedan inspirarse una pareja normal profundamente apasionada, y cuando se trata de mujeres que a su predisposición unen un temperamento ardiente, una mentalidad elevada y una imaginación desbordante, como es el caso de una escritora húngara a que nos referimos en el próximo volumen, una invertida puede pasar toda su existencia entregada a la ilusión de encontrar su ideal en la creencia de que habrá de hallarlo, más tarde o más temprano, pero sin que ni por un momento sienta desmayar sus fuerzas en tan ardua empresa.

En el caso que aludimos se verá que el desarrollo de la inversión de dicha escritora atraviesa por fases distintas, que cada vez la van aproximando más al ideal ansiado, pasando, primero, por diferentes fases de perversión, es decir, de vicio, de sexualidad desencadenada, hasta aproximarse a lo que tan entusiásticamente pretende hallar en el camino de su vida.

Yo creo que las lesbianas, o sea las viciosas, no son más que homosexuales fracasadas, valga afirmación tan extraña. Admitiendo la teoría de la bisexualidad, la perversión puede ser tanto como una fase vacilante, como un caso de inadaptación al medio estrictamente bisexual que permitiera encontrar los mismos deleites en un procedimiento que en el otro. Si el homosexual congénito es un heterosexual, cuya vida física se desenvuelve aparte de la verdad psíquica, el pervertido, y especialmente la mujer, no es más que un sér indeciso, pusilánime y falto de audacia para enfrentarse valientemente con las necesidades naturales de su sexo.

La fuerza de los débiles, se ha dicho que está en la astucia y

muchas veces en la maldad; el acoso de los fuertes tiende a eliminarles del campo de las actividades, que implican exponente de energías y palestras de lucha, y como quiera que sus armas no pueden ser nunca tan eficaces ni duras como las que esgrimen aquellos naturalmente fuertes, de ahí que esa ausencia de energías naturales haya de ser contrarrestada con subterfugios, deslealtades, egoísmos e infamias.

Así, pues, la pervertida o viciosa que, falta de la gallardía que se necesita para hacer frente a la moral y a las costumbres, ante el acicate impulsivo del instinto, encuentra a su paso barreras que no puede vencer naturalmente, procurará siempre lograr los mismos fines empleando otros medios, en los que encuentre las adecuadas garantías para no destruir su equilibrio físico o moral en el ambiente en que vive.

Normalmente, a no ser que se trate de la inversión congénita o tempranamente adquirida, la sexualidad no puede producir satisfacciones completas si no se alían en la empresa el espíritu y la materia. Por lo tanto, las lesbianas, que no son invertidas, sino simplemente mujeres heterosexuales, que supeditan al convencionalismo social o a la comodidad el desarrollo legítimo de sus impulsos, no es posible que sientan amor espiritual alguno por los objetos que sirven para satisfacer esos instintos naturales, y, por lo tanto, jamás atenderán a otro aspecto que se aparte de aquello que más directamente afecta a su personalidad, o, dicho de otra manera, a su particular y crudo egoísmo, puramente material.

He tenido ocasión de leer muchas cartas de mujeres invertidas que pudieran tomarse por epístolas entre un hombre y una mujer apasionados y completamente normales, pues, entre unas y otras no existen notables diferencias. Al contrario, entre la carta que una invertida activa dirige a su amiga y la que un hombre normal escribe a su novia, pudiera decirse que la carta de la mujer parece escrita por un hombre "más espiritual" que el hombre auténtico. La sensibilidad de la mujer es más fina, y esta característica no se pierde, a pesar de la inversión del instinto sexual: en la mujer hay detalles infinitos que siempre la hacen ser mujer, aunque ello la contraríe en extremo. Pero, del mismo modo, la viciosa que escribe a una amiga, por muy intelectual que sea, por muy firme que sea su cultura o su mentalidad, siempre dejará al descubierto ciertas desnudeces que la obligan a parecer inferior al hombre, aunque éste sea inculto e ineducado, y se dirija a una prostituta, con la que

no pueda estar unido por sentimientos espirituales. Claro es que, en este último ejemplo, tenemos que referirnos sólo a la esencia, al fondo, y no a la forma ni al estilo; pero, si es posible atenerse únicamente a su espíritu, veremos más altruísmo en la del patán que en la de la dama distinguida y refinada.

He conseguido copias de algunas de estas epístolas, conservadas en algunos centros policíacos como pruebas afirmativas de delitos más o menos graves, y, sin necesidad de esforzarse mucho, se descubre desde las primeras líneas el total de datos psicológicos para definir el caso. Una de ellas fué escrita por una mujer de treinta años, muy culta y adinerada, por haber heredado de su esposo una respetable suma, de la que sería despojada por sus hijastros si contraía matrimonio antes de una fecha determinada en el testamento. Dicha fortuna estaba administrada por un antiguo empleado del muerto, y la viuda sólo podía disponer de una renta equivalente a 25.000 pesetas anuales, más que suficiente para vivir con holgura en el país en que residía.

La amiga de la en apariencia honesta dama era una joven modista, de veinte años de edad, que había conocido dos años antes; a poco de morir el marido la joven estaba en relaciones con un muchacho que, naturalmente, ignoraba las aficiones de su novia, aunque no la amistad que tenía con aquella señora, a la que creía respetable por todos conceptos. Cerca de dos años llevaban las lesbianas cuando la joven, de condición bien humilde, como hemos dicho, cayó enferma de gravedad. Comoquiera que vivía nada más que de su trabajo, manteniendo a su madre anciana, el novio se sacrificó para que nada faltase a su amada, hasta que llegó un momento en que los recursos se le agotaron lo mismo que el reducido crédito de que pudo disponer.

En estas condiciones murió la madre repentinamente, y la tragedia se hizo más terrible. Un día, el novio, recordando la amistad de la enferma con la viuda, se atrevió a visitarla para solicitar un préstamo, a fin de poder hacer frente a tantas calamidades; mas, pretextando ciertos reveses de fortuna, se negó a facilitarles el socorro, haciendo toda clase de lamentaciones. Hay que advertir que durante los dos meses que hacía que la muchacha estaba enferma, no se dignó siquiera visitarla, observando la misma conducta cuando falleció la madre. Como la joven la escribiese una carta, suplicándola unas monedas, contestó en estos términos:

«Fulanita (aquí el nombre de la enferma). Siento en el alma

todas tus desgracias, pero mi situación no me permite distraer un solo centavo de mi presupuesto, tan aquilatado. Ya le dije a tu novto que pido a Dios constantemente por tu salud y por que tengas valor para sobrellevar la desgracia que te aflige y que infortunadamente no puedo remediar como quisiera. Espero que el Altísimo escuchara mis súplicas, y que pronto volveremos a reunirnos, creyendo que entonces me será fácil remediarte en la medida de mis posibles, hoy tan escasos. Perdóname y no olvides que tienes que ponerte buena muy pronto para que me ayudes a soportar esta existencia mía, mucho más triste desde que esa maldita enfermedad te alejó de mi lado. No te olvida, R.»

Cuatro o cinco días más tarde murió la muchacha, pero como el médico advirtiese algo anormal, hizo intervenir al Juzgado. Se comprobó que la infeliz había puesto fin a su existencia envenenándose con estrignina. Se registraron sus papeles, y entre ellos apareció la carta citada, viniéndose en averiguación de la intimidad que existía entre las dos nujeres, cuyo extremo se aclaró con las manifestaciones de una vieja sirvienta de la viuda que estaba en el secreto de las intimidades de su señora con la muerta y con dos muchachas más de la misma localidad.

Otra carta que también revela el egoísmo de estas mujeres, es la siguiente, escrita por una viciosa a su compañera con ocasión de ausentarse por una temporada de la localidad donde residían: "...No quiero pensar en los largos días que me esperan separada de ti al lado de este desgraciado (por su marido), que ni se acaba de morir ni termina de curarse. Ya sé que te has decidido a permanecer al lado de tu hermana por tiempo indefinido, lo que me hace pensar que te interesa más el afecto de esa mujer que la felicidad que puedas tener a mi lado. Tú sabes que eso no me importa, y si bien es verdad que todo puede hacerse compatible, mientras continúes al lado de tu hermana no esperes que vuelva a llamarte, lo que sí haré con gusto respecto de tu marido, que ya es hora de que se entere de que esa criatura que cree hija suya se parece a quien tú sabes bastante más que a él. Creo que a mi regreso te habrás vuelto un poco más razonable, y espero que no me obligarás a hacer ninguna tontería, de la que tú sola serías la única responsable. Lo mismo que trabajabas antes de que tu hermana viniese de Z., viviendo con independencia, puedes trabajar ahora y vivir en la misma forma hasta que se solucione la demanda de divorcio, que el juez concederá a tu marido sin conceder a ti el subsidio que reclamas, tan pronto como yo pusiese cartas a disposición del abogado de la parte contraria.»

La carta está sin firma, y, además, escrita a máquina. Se trata de una profesora particular que fué compañera de la autora de la carta y que estaba en el secreto de algunas de sus intimidades. La hermana a que hace alusión la recogió en su casa cuando el marido presentó demanda de divorcio contra ella por incompatibilidad de caracteres, decretándose la separación ínterin se solucionaba el asunto definitivamente. El estado de ánimo de la profesora, más agravado por la ausencia de su hijo, no la permitió seguir trabajando, ya que se apoderó de ella un estado de melancolía. No obstante, cuando regresó su amiga, la profesora tuvo el valor suficiente para poner fin a aquella situación, matando de un tiro a aquella mujer que la tenía completamente sometida a su capricho ante la amenaza de sus denuncias. En el acto del juicio celebrado a puerta cerrada, el Tribunal la declaró irresponsable cuando no había cumplido tres meses de prisión, por comprobarse que padecía una enefermedad mental.

Renunciamos a seguir transcribiendo otros documentos análogos, en los que, salvo ligeras variantes, puede advertirse que la perversión de las lesbianas se extiende en muchos casos a los sentimientos afectivos que parecen desarrollarse en un corazón de piedra.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

SAFISMO Y TRIBADISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Universalidad del vicio lésbico.—El lesbianismo griego.—La inexistencia del amor conyugal.—La poetisa Safo.—Difusión de sus doctrinas.—Las perversiones en Roma.—Las aficiones de la emperatriz Elena.—Denominaciones del lesbianismo.—Tribadismo y safismo.—Sociedades de viciosas.—Las ceremonias de iniciación.—Lo que refiere Mademoiselle Sapho.—Ausencia de amor sentimental.—Las prostitutas que persiguió San Luis.—El lesbianismo del antiguo Oriente.—En la India y en Marruecos.—En el Japón. 9

PSICOLOGIA DEL AMOR LESBICO

Diferencias psicológicas entre la inversión y el vicio. La actitud de la mujer.—Su ambición erótica.—La responsabilidad del hombre.—Proceso de la perversión.—La amiga comprensiva.—Otras causas de la perversión femenina.—La masturbación.—Los dos tipos de lesbianas.—El egoismo, determinante esencial.—Las sáficas pasivas.—Las sentimentales.—El lesbianismo y el amor natural.—La ausencia de satisfacciones normales.—El temperamento de la sáfica y el de la tribada.—Las aberracciones.—Curación de los vicios femeninos..... 23

LAS GRANDES PASIONES DE LAS TRIBADAS

Diferencias notables entre los dos aspectos.—Semejanza del tribadismo con el amor natural.—Actitud de la viciosa respecto de su compañera.—La imagen del hombre.—La violencia del impulso, como resultado de la insatisfacción sexual.—Pérdida del sentido moral.—Resultados del tribadismo.—La anestesia clitoridiana.—Suicidio y homicidio.—Las sensaciones no son más intensas.—Divisiones del lesbianismo.—La participación del hombre 37

Páginas

CIVILIZADAS Y SALVAJES

El lesbianismo en Europa.—Costumbres de las mujeres escandinavas.—El instrumento español.—Alcohol, lesbianismo y flagelación.—Las artistas de teatro.—En los conventos.—Clubs de tribadas.—En la Guinea francesa.—El lesbianismo premarital.—Costumbres de Zanzívar.—El «f'tai» brasileño.—La perversión sexual de las martiniqueñas.—El safismo como método normal de satisfacción.—En el Gabón. 51

CASOS CELEBRES Y CLINICOS

Lo más innoble de la espiritualidad femenina.—La sáfica violadora y el amante vengador.—Las profesoras del colegio laico.—Castigos originales.—La venganza terrible de una safista mercenaria.—Entre madre e hija.—El yate de Lesbos.—Los apuros de un repórter.—Sodomía imaginaria.—La excitación del acto del parto.—Formas leves del lesbianismo.—Las mujeres de las fábricas.—En Cuba y en la India. 63

APENDICE 71

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Mujeres lesbianas 16

LAMINA II
El «Menaje a trois» 17

LAMINA III
El arte lésbico 32

LAMINA IV
Mujer de Guinea 33

LAMINA V
Princesa del Camerón 48

LAMINA VI
Escena del harén 49

LAMINA VII
Mulata martiniqueña 64

LAMINA VIII
Mujer del Gabón 65

En el próximo volumen

INVERTIDOS CELEBRES

Los Emperadores romanos.—Los grandes artistas del Renacimiento.—El caso de Oscar Wilde.—El dramático amor de dos homosexuales.—La extrema pasión de la escritora Mme. X.—La homosexualidad en la literatura